límites

OCTAEDRO

alexandra david-néel

ELOGIO A LA VIDA

Alegato a favor de la vida y denuncia implacable de cualquier forma de poder: "Obedecer es morir. Cada instante en que el hombre se somete a una voluntad extraña es un instante sustraído a su propia vida".

Elogio a la vida

Alexandra David-Néel

Elogio a la vida

Traducción: Joaquim Sirera

OCTAEDRO

Límites, núm. 2

Título original: *Pour la vie*,
extraído del libro *Deux maîtres chinois*
Autor: Alexandra David-Néel

Traducción de Joaquim Sirera

Primera edición: mayo de 2000

© Librairie Plon 1970 (con el título *En Chine*) y 1989

© Derechos exclusivos de esta edición
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
Bailen, 5 - 08010 Barcelona

ISBN: 84-8063-432-4
Déposito legal: B. 24.023-2000

Impreso en Hurope, s.l.

Impreso en España
Printed in Spain

La ignorancia se impone sobre la ciencia.
Así andan errantes los seres.

Bhagavad-Gita

PRESENTACIÓN

Por Rémy Ricardeau

Sucede con Alexandra David-Néel lo que a menudo acontece a aquellos autores cuya obra es rica y múltiple: no son conocidos ni leídos más que a través del estrecho y reductor prisma de la especialización, en la cual, por facilidad, o por necedad, demasiadas veces se los encierra. Quien conozca, por poco que sea, lo que ha sido la vida y la obra de Alexandra David-Néel se sentirá contrariado al ver que la mayor parte de sus obras se encuentra clasificada en la sección de «espiritismo» en los catálogos de librerías y editoriales, en esa rúbrica donde se recoge cualquier cosa que proceda de la vulgata mística. Sin duda, podrá replicarse que es difícil circunscribir un pensamiento tan abierto y tan universalista como el de Alexandra David-Néel. ¿Debemos considerarla como exploradora, novelista, orientalista, filósofa? Lo fue todo al mismo tiempo, pero ante todo y sobre todo fue una persona llena de vida, preocupada por buscar y dar sentido a las

múltiples manifestaciones de la existencia, así como a la suya propia. Por eso, los relatos de sus numerosos viajes a Oriente, sus eruditos estudios sobre los ritos y las prácticas mágicas de los pueblos que frecuentó, y sus escritos más conocidos sobre las enseñanzas del budismo y en particular las realizadas en el Tíbet, sólo pueden comprenderse a la luz del designio que ella se fijó: la obstinada experimentación de la libertad, del alma y, en un sentido más pragmático, de la existencia, las cuales, como atestigua su vida aventurera, son una sola y misma búsqueda. Es esta búsqueda de la libertad, acrecentada por una extremada curiosidad intelectual, la que hará que muy pronto deserte de Occidente y se vuelva hacia el pensamiento oriental, cuya sabiduría, pensaba, podría ser capaz de liberar el espíritu, este espíritu occidental del que los surrealistas, en su *Carta a las escuelas de Buda*, afirmaban que «padecía de una podredumbre, de la podedumbre de la razón». Como expresaron los surrealistas en esta carta-manifiesto o en su *Carta abierta al Dalai Lama*, en la que sostenían el proyecto de una «liberación transparente de las almas», el interés de Alexandra David-Néel por las doctrinas místicas de Oriente no procedía de una necesidad de religiosidad sino de una búsqueda de trascendencia racional, trascendencia que al fin encontró en la enseñanza secreta del budismo esotérico llamado Sangwa y a propósito del cual escribirá que tiene «un sabor especial a racionalismo trascendente».

Cuando, en 1898, aparece en Bélgica *Elogio a la vida*, su primer texto publicado con el seudónimo de Alexandra Myrial, Alexandra David-Néel tiene treinta años (aunque su redacción se remonte a unos años

antes). En ese momento ya ha realizado su primer viaje a la India y está versada en los estudios orientales. Sin embargo, en este texto nada se transparenta de su creciente interés por el esoterismo budista. Esto es debido a que, más allá de su camino intelectual, para ella lo esencial reside en la necesidad individual de emancipación, por la cual cada hombre debe encontrar su propio camino en la libre expresión de los talentos e inclinaciones, lo que ilustrará, décadas más tarde, al hacer de una frase del Eclesiastés su divisa personal: «Anda como tu corazón te dicte y según la mirada de tus ojos». Jamás abandonará esta resolución en pro de la libertad y de la vida, y bajo sus auspicios conducirá su existencia sin preocuparse por las incomprensiones que, como es de imaginar, suscita. El interés de este libro reside, pues, tanto en la profesión de fe original de su autora como en la luz que proyecta sobre toda su obra posterior, luz tan clara para ella que, poco antes de morir, decidió publicarlo de nuevo (y ésta fue su última publicación). Así, este texto es tanto el manifiesto en el que afirmaba los principios según los cuales se proponía vivir, como el testamento filosófico que decidió legar. Sin duda, con ello quiso mostrar que su existencia no era palabrería: su vida fue conforme a lo que, superada la adolescencia, creía que debía constituir su fundamento. No fue ésta la menor de las consecuencias de las que dio pruebas a lo largo de toda su vida.

Quizá se encuentren en estas líneas algunas consideraciones demasiado idealistas propias de la época de su redacción, época que veía en el desarrollo de las ciencias y de las técnicas la certeza de la emancipación humana. Pero

en lo esencial su contenido es de un extremo frescor: el secreto de la vida es vivir. Éste habrá sido finalmente el principal mensaje de su obra, mensaje que hoy, más que nunca, necesita ser escuchado cuando todo concurre a persuadir a los hombres de que acepten con fatalismo la muerte a la que se los quiere condenar lentamente.

PREFACIO

Por Elisée Reclus

Estamos ante un libro singular, escrito por una mujer aún más singular.

Elogio a la vida no necesita prefacio alguno, de modo que mis palabras son totalmente superfluas. Pero, como me han convidado a ello, las doy a título de amigo y para cantar en voz baja algunas notas junto a la bella voz que armoniosamente nos entona el *Himno de la vida*.

—Hombre, ¿adónde irás?
—¡Bajo el Cielo!
—¿Dónde vivirás?
—¡Sobre la Tierra!
—¿Quién te guiará?
—¡Yo mismo!

¡Éste es el tema en su audaz simplicidad! Está bien, y también yo soy feliz de cantar a la vida, esta vida que tan buena ha de ser... cuando todo el mundo tenga pan y liber-

tad. A la espera de ese momento, recordemos que jamás conquistaremos ese pan y esa libertad para todos mientras seamos cobardes y no nos atrevamos a pensar por nuestra cuenta y a vivir nuestra propia vida, mientras compliquemos nuestra moral con prejuicios, falsos respetos y falsos deberes, mientras evitemos comportarnos valientemente en armonía con nuestra naturaleza.

Cuando nos cuentan la historia de las viudas hindúes que se obligaban a sí mismas con espíritu sumiso a subir a la hoguera de su difunto marido, manifestamos un ingenuo asombro como si nosotros mismos no fuéramos seres lo bastante dementes para ofrecernos como víctimas voluntarias, para suicidarnos, no por una noble causa sino por tonterías, vanidades o engaños. ¿Qué quedaría de nuestra existencia si dedujéramos aquellas horas en que simulamos una mentalidad y una moralidad que no son nuestras? Estamos tan habituados a llevar una máscara que nos parece extraño dejar ver nuestro verdadero rostro, proclamar con voz franca y personal lo que sabemos que es la verdad. Por flaqueza, ni siquiera tenemos la oportunidad de ser buenos cuando querríamos serlo. ¡Nos parece más «distinguido» ser banales, neutros, mediocres, someternos dócilmente a las recetas de la virtud doméstica y del buen tono, tal como dicta la Academia!

Pero llegará el tiempo en el que el canto de triunfo de nuestra amiga será escuchado, en que comprenderemos la voz franca que nos llama a vivir sincera y gozosamente nuestra verdadera vida; y con ella repetiremos:

«¡El objetivo del hombre es ser él mismo; el objetivo de su vida consiste en no estar muerto aparentando vivir!»

ELOGIO A LA VIDA

Cuando se constituye un organismo, todas sus fuerzas tienden hacia un mismo objetivo: mantener su existencia personal, alimentándola y defendiéndola contra cualquier influencia que pueda destruirla o disminuirla.

En la Naturaleza, todos los seres se esfuerzan por vivir, todos buscan, según sus facultades, el goce que da la satisfacción de la necesidad; todos huyen del sufrimiento, de la privación, que es una restricción, una disminución de la vida.

Durante la primera infancia, el hombre es todavía inconsciente o, más bien, no ha deformado ni falseado aún su conciencia normal y, como los demás seres, sigue esta tendencia universal. Más tarde, cediendo a las sugestiones del ejemplo, a las falsas nociones que se le enseñan,

llega a someter su naturaleza, a domar los impulsos de su personalidad, a dejar actuar, sin combatirlas, las influencias que pesan sobre su propia vida. ¡Pero cuántos actos de rebeldía han precedido a esta renuncia! Sería preciso no haber visto nunca crecer a un niño para ignorar las luchas que el sentimiento natural de preservación de la vida y de satisfacción del instinto provoca entre el niño y sus educadores, empeñados en formarlo.

Mientras ha prevalecido la doctrina de la expulsión del hombre del Paraíso, considerado como un ser que por su culpa perdió su perfección original, para caer en un estado de enfermedad moral que sólo la luz de una revelación divina podía remediar prescribiéndole una línea de conducta opuesta a lo que le solicita su ser; mientras, bajo el dominio del prejuicio de la separación entre el cuerpo y el alma, se ha creído —según la expresión de los textos cristianos— que se debía «odiar la propia carne», la consecuencia lógica de la concepción religiosa en la que se creía era glorificar la muerte mortificando el cuerpo y hacer prevalecer el sufrimiento por encima del goce.

El estudio de la Naturaleza hizo tabla rasa de todas estas viejas leyendas. El hombre ya no es

aquel ser caído obligado a refrenar sin cesar la voz de su instinto perverso. Como cualquiera de los seres existentes en el Universo, no está condenado a detestar o a menospreciar su cuerpo y el pensamiento que de él emana. La ciencia no nos ha mostrado nunca una ley fuera de las propiedades inherentes a los elementos de la materia que implique la adhesión del hombre a una regla cuya sanción no se halle en él mismo, en las necesidades de su organismo.

Nunca está de más repetirlo: la única ley de los seres, demostrada y confirmada por el estudio y la experiencia, es el deseo vital, la búsqueda de la satisfacción de todas sus facultades, como medio para vivir plenamente, y la lucha contra cualquier forma de sufrimiento.

El hombre no tiene razón alguna para creerse excluido de esta ley universal. En su calidad del más perfeccionado de los seres conocidos, siente en el fondo de sí, tal como lo sienten los más humildes de sus hermanos en la existencia, un ardiente e impetuoso deseo de vivir intensamente, sin mengua ni restricción. Sólo una increíble perversión de su juicio pudo hacerle aceptar hasta ahora este vivir débil, miserable, sometido a la sujeción, que acepta el dolor sin rebelarse.

Que hoy se yerga, en nombre de este sentimiento despreciado por siglos de ignorancia: en nombre del instinto, desdeñosamente abandonado a los animales, mientras que el hombre, vanagloriándose de su alma o espíritu inmaterial, sólo daba pruebas de su inconsciencia.

Que cada cual siga enteramente, siempre y en cualquier parte, el impulso de su naturaleza, ya sea ésta limitada o genial. Sólo entonces el hombre sabrá lo que es vivir, en lugar de despreciar la vida sin haberla vivido jamás.

DE LA AUTORIDAD

La obediencia es la muerte. Cada instante en que el hombre se somete a una voluntad extraña es un instante arrancado a su propia vida.

Cuando un individuo se ve obligado a efectuar un acto contrario a su deseo o se ve impedido para actuar de acuerdo con su necesidad, deja de vivir su propia vida y, mientras que el que manda aumenta su poder vital gracias a la fuerza de los que se le someten, aquel que obedece se aniquila, se ve absorbido por una personalidad extraña; ya no es más que fuerza mecánica, herramienta al servicio de un amo.

Cuando se trata de la autoridad ejercida por un hombre sobre otros hombres, por un soberano déspota sobre sus súbditos, por un patrón

sobre sus obreros, por un señor sobre sus criados, enseguida se comprende que esta personalidad emplea la vida de quienes se le someten para dar satisfacción a sus placeres, a sus necesidades o a sus intereses: o sea, para el embellecimiento y la ampliación de su propia vida en perjuicio de la de los demás. Lo que no suele entenderse tan claramente es la nefasta influencia de las autoridades de orden abstracto: las ideas, los mitos religiosos o de cualquier otro tipo, las costumbres, etc. Sin embargo, todas las manifestaciones exteriores de autoridad tienen su origen en una autoridad mental. En efecto, ninguna autoridad material, ya sea la de las leyes o la de los individuos, posee su fuerza y su razón en sí. Ninguna se ejerce realmente por sí misma: todas se basan en ideas. Y, si el hombre llega a aceptar su realización tangible en las diversas formas revestidas por el principio de autoridad, es porque primero se doblega ante estas ideas.

La obediencia tiene dos fases distintas:

1.ª Se obedece porque no puede hacerse otra cosa.

2.ª Se obedece porque se cree que se debe obedecer.

En las condiciones de vida casi animal en que vivieron los primeros humanos, la volun-

tad del más fuerte era la ley suprema ante la cual debían doblegarse los más débiles. «Quiero», dice el que se siente con fuerza suficiente para obligar a otro a obedecerlo. Esta coacción no implica sanción moral alguna. Uno quiere porque tal es su placer, el otro obedece porque teme la violencia. Pero el que obedece por temor, si logra ponerse fuera del alcance de las represalias, se apresura a actuar a su antojo, satisfecho de su libertad, dispuesto, a su vez, a imponer su voluntad a quien sea más débil que él. Este dominio a través de la fuerza física no puede, en verdad, ser llamado autoridad: no pasa de ser una coacción pasajera y únicamente material, no aceptada por la voluntad del que obedece. Sólo el dominio ejercido en nombre de ideas abstractas por el más débil sobre el más fuerte y aceptado por éste, constituye la autoridad. Se entra entonces en la segunda fase: uno obedece porque se imagina que es necesario obedecer.

Cuando las condiciones del entorno permiten que los hombres empiecen a reflexionar, aquellos cuya mentalidad está más desarrollada sienten el deseo de lograr la obediencia de los demás, ya sea por un interés puramente egoísta, ya sea, las más de las veces, porque habiéndose

formado un ideal de vida que juzgan conveniente para el grupo al que pertenecen, desean verlo realizado.

Pero sin la ciencia que prueba y demuestra, guiados sólo por vagas experiencias, por algunas observaciones superficiales y sobre todo por su imaginación, ¿cómo podrán someter a las masas que los rodean y de las que no pueden apoderarse por la fuerza física?

Entonces, su espíritu inventivo se aprovecha de la ignorancia y del terror de los hombres inquietos en medio de la Naturaleza incomprensible y terrible. De este modo los dioses se encargan de proporcionar a los hombres su regla de conducta.

El temor que lo desconocido inspira a los cerebros rudimentarios se extiende de esta manera hasta los que hablan en su nombre, los que explican la ley y exigen su observación en nombre de los dioses.

He aquí la primera autoridad fundada por la astucia y basada en quimeras. El hombre la acepta por ignorancia, del mismo modo que también aceptará por ignorancia todas las que a continuación vayan surgiendo.

A través de estas leyes misteriosas, presentadas como expresión de una voluntad extraterres-

tre, los jefes religiosos dominarán al hombre, ya no diciéndole aquel «quiero» que se dirigía al cuerpo y al cual él podía sustraerse, sino diciéndole «debes». Así ya no es posible fuga alguna para vivir libremente fuera de la presencia del jefe temible por su fuerza. A partir de este momento, el hombre tiene una coacción invisible: la voluntad de dios, que acarrea como un fardo. Adonde quiera que vaya, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, su memoria le repetirá lo que debe hacer o evitar. Se le ha enseñado a distinguir el bien del mal.

En todas las épocas, el hombre, como cualquier ser, ha distinguido las cosas que le procuran satisfacción de aquellas que le producen sufrimiento. En ningún momento fue preciso enseñarle este mal y este bien naturales. Sin embargo, apoyándose en la voluntad expresada por los dioses, voluntad incomprensible e indiscutible, se le obligó a aceptar como expresión del bien la resignación pasiva, la sumisión ciega, el dolor, la renuncia a las aspiraciones más naturales: el mal bajo todas sus formas. El mal oficial es aquí la propia vida con todos sus deseos y alegrías, su necesidad de libertad, su curiosidad por las cosas, sus actos de rebeldía, su horror por el sufrimiento, todo cuanto es bello y verdadero.

Los primeros códigos, escritos o no, fueron muy distintos según los medios o las razas donde se originaron y sufrieron numerosas modificaciones en relación con la evolución de las sociedades. Pero cualesquiera que sean las leyes y las fuerzas sociales ante las que se inclinan los hombres, lo cierto es que su poder está subordinado a la aceptación de un código moral.

Sólo el hombre que, por una perversión del sentido natural, cree en el bien-sufrimiento, en el bien-desagradable y en el mal como fuente de goce, puede entender la necesidad de una organización destinada a imponer el bien por la fuerza y a reprimir por la violencia a los que estarían tentados de entregarse al mal para obtener de él una satisfacción.

En la lucha suscitada por el antagonismo que existe entre el verdadero interés del individuo y la regla de conducta a la que cree que debe conformarse, el hombre se habitúa a la sujeción y está dispuesto a aceptarla cuando ésta se manifiesta a través de una autoridad exterior. Claro que pelea y discute; el bien y el mal difieren de un individuo a otro, de un pueblo a otro; uno se enorgullece de lo que el otro reprueba, pero, en el fondo, el principio es siempre el mismo. Cuando alguien pretende eliminar la moral del

vecino y el aparato autoritario por el que se impone, su objetivo es sustituirla por su propia moral que, al igual que la otra, tendrá que imponerse por la fuerza a aquellos que no la admitan. Como siempre hay muchos puntos comunes entre las personas de la misma raza, en general los beligerantes acaban prefiriendo sacrificar algo de su concepción del bien, mientras sus adversarios se erigen en guardianes del código. De este modo ambos evitan al enemigo común: el hombre verdaderamente libre que actúa según su necesidad sin someterse a nadie.

Si el hombre menos ignorante hubiese mantenido la distinción que en sí mismo tan profundamente siente —el bien útil, el mal nocivo—, poco a poco habría progresado, empleando los mejores medios para evitar el sufrimiento y satisfacer sus necesidades materiales e intelectuales. Habría habido higienistas, inventores, sabios de todos los géneros. La credulidad, sin embargo, hizo que se sometiera ante las supuestas voluntades de seres quiméricos; y así hubo padres, reyes, guerreros, políticos; sufrió, lloró, martirizó su propia carne para salvar el alma, sacrificando su existencia a supuestos deberes sociales.

En las sociedades modernas, la autoridad ya no está basada oficialmente en una divinidad. Se

habla aún en ellas del bien y del mal, pero en realidad el cumplimiento de las leyes llamadas morales (desde que se dejó de llamarlas divinas) ya no es obligatorio. Del bien sólo se retiene aquello que los legisladores consideran útil y lucrativo para el orden social del momento. Ciertamente, la virtud continúa siendo recomendada en bellos discursos; pero el vicio es mucho mejor aceptado.

Ya no nos piden que salvemos el alma, basta con ser una persona honesta, o sea, que actuemos según la voluntad de los legisladores en los actos externos de nuestra existencia.

Por limitada que sea, esta concepción tiene suficientes elementos para provocar bastantes víctimas: la honra, el patriotismo y otras virtudes laicas han matado tanta gente como antiguamente lo hicieron los dioses. Y así continuará mientras el hombre procure su regla de conducta al margen de la ciencia, única entidad capaz de esclarecerlo respecto a sus intereses efectivos y única autoridad que debe reconocer.

Los primeros legisladores, al imponer códigos en nombre de los dioses, no tuvieron que exaltar su moralidad; los hombres habituados a obedecer simplemente por la fuerza se sometieron, una vez más, por temor a una fuerza mayor.

Pero después, al dejar de creer en los dioses, el hombre, liberado de sus terrores, debería lógicamente dejar de obedecer a todo lo que no estuviera en armonía con su interés. Todavía estamos lejos de tal resultado.

Un largo proceso hereditario creó en nosotros la tendencia a repetir los actos de quienes nos precedieron; nuestra constitución física, parecida a la de nuestros padres, nos predispone a actuar y a pensar como ellos. Estas predisposiciones son ampliadas gracias a una educación orientada en este mismo sentido. Nada habría de notable en esto si la ignorancia del hombre no hubiese dado a este simple hábito una forma especial, llamada conciencia, algo que, por otra parte, ningún anatomista ha podido encontrar bajo el escalpelo.

Para los creyentes, la conciencia es la voz de dios. Para los otros, porque también los no creyentes se refieren a la conciencia, ¿qué podría ser sino el resultado de las disposiciones particulares de cada organismo y una función de memoria?

Los dioses pueden ahora desaparecer, la humanidad los ha reemplazado; para su propia servidumbre ha inventado el dios laico, la tiranía íntima: la conciencia.

Sin embargo, movido por las violentas incitaciones del instinto, el hombre encuentra, por momentos, la irresistible inclinación hacia el bien, hacia el goce, y entonces, a pesar de las trabas, vive por un minuto el acto de su elección. Un minuto en el que saborea la vida, pero luego regresan a su memoria todas las prohibiciones que se le han inculcado. No habituado a vivir libremente, enseguida se espanta de encontrarse solo fuera de las barreras entre las que se ha acostumbrado a andar. Esta memoria de las reglas que se le han inculcado, este tormento por haber actuado de una forma distinta de la habitual, toda esta turbación le parece el reproche de su conciencia indignada. Nada enojoso le ha sucedido y sin embargo su alegría se ha esfumado.

Un sentimiento fáctico, el remordimiento, lo hace sufrir sin causa. Se acusa a sí mismo de su acto, lo llama culpa, pecado, mala acción.

¿Y por qué es mala esa acción? Si ha causado un perjuicio, un sufrimiento, es comprensible que el hombre lo lamente. Este lamento será el punto de partida de una experiencia que le servirá para no dañarse en una circunstancia parecida. Pero si la acción ha sido útil para su vida, si le ha procurado fuerza o alegría, ¿no será más bien una buena acción?

Cualquier concepción de la imaginación tiende a encarnarse en una forma física. Los pensamientos crean actos, los sistemas filosóficos crean organizaciones sociales. El tribunal íntimo, la conciencia, da origen a la autoridad judicial, al juez; el remordimiento y las expiaciones voluntarias hacen aceptar la coerción.

Si el hombre no se hubiera acostumbrado a escudriñar sus actos, a medirlos con otra balanza que no sea la de su verdadero interés; si no se hubiera reprendido y declarado culpable tantas veces, ¿cómo iba a admitir que otro hombre le pidiera cuentas de su conducta y se erigiese en censor de sus acciones en vistas a absolverlo o a castigarlo?

La creencia en la culpabilidad es la base de todo este sistema. El hombre se cree culpable, cree que otros hombres también se declaran culpables y de esto concluye que es necesario un poder represivo.

En cuanto a determinar cuáles son los actos reprensibles, ya es más complicado. Al concebir, cada uno, el bien y el mal de una manera distinta, la famosa «voz de la conciencia» habla distintamente según cada individuo. Esta cacofonía bastaría para sacar a los hombres de su error, si quisieran prestarle atención; pero la mayoría

cree en una justicia abstracta, inmutable, eco de su propia conciencia. En nombre de esa justicia, esta mayoría reclama del poder judicial la sanción del bien y del mal. Pero como esta concepción de la justicia reviste también, en sus detalles, un aspecto particular según cada individuo, cada uno, al considerar naturalmente su opinión como única verdadera, califica de injusto todo lo que se aleja de ella.

Semejante confusión debería mostrar a los hombres la inanidad de todo aquello que no se fundamenta en la experiencia. Sin embargo, no basta para disipar su ceguera: continúan reclamando la justicia tal como reclaman una dirección, y, una vez más, lo único que reciben es la coacción.

¿Qué es la sentencia proclamada por un magistrado, en nombre de la ley? Es la coacción ejercida sobre un individuo para obligarlo a conformarse o para castigarlo por haber infringido la voluntad de algunos centenares de diputados cuya función consiste en legislar. Si mañana estos hombres cambian de opinión o ceden el lugar a otros, éstos podrán hacer leyes distintas, y el juez, pronunciando otras sentencias, proclamará otra justicia. Cuando un jurado es llamado a pronunciarse respecto al acto

de un reo, ¿no se hace visible que las ideas personales, el carácter, las disposiciones físicas y momentáneas de los jurados son las únicas bases según las cuales se emite el juicio? Cambiad de jurados y el individuo considerado inocente por unos será entregado a la pena capital por los otros.

Si el bien y el mal, la justicia y la injusticia, no son inmutables, eternamente iguales; si estas ideas, como las otras, están sujetas a las variaciones a que las someten los hombres y los contextos, ¿con qué derecho podrá censurarse la particular idea que sobre estos conceptos puede hacerse un individuo? Su idea será quizá la de ayer, o quizá la de mañana, en ningún caso podréis persuadirle de que transgrede la ley del bien o de la justicia, pues desde el momento en que unos hombres produjeron una sola modificación en estas ideas, es necesario admitir las demás alteraciones que otros individuos vayan a ejercer.

Lo más que puede decirse es que la noción personal de esta individualidad no se armoniza con la de la mayoría que la rodea. Pero si, por el hecho de no pensar como la multitud, es golpeado, ¿probará esto que tiene o no tiene razón? De ninguna manera; esto apenas demostrará, una

vez más, que la autoridad sólo puede producir la sujeción y la muerte, además de ser incapaz de esclarecer y vivificar.

Al lado de la autoridad oficial, que basa su poder directamente sobre ideas abstractas, hay otra autoridad quizá más poderosa todavía, aunque no reconocida oficialmente: la que se basa en la posesión material.

El que dispone a su antojo de numerosos privilegios fácilmente logra que otros hombres lo obedezcan para obtener, a su vez, una parte de estos privilegios de los que, en mayor o menor grado, se hallan desprovistos.

La enorme desproporción entre la cantidad de posesiones materiales de unos y la absoluta privación de otros, ha producido una clase de individuos que no sólo venden una parte de su vida, sino que libran su vida entera a cambio de la subsistencia, apenas suficiente, que permite a sus cuerpos vivir para otro.

La autoridad oficial reserva sus castigos para un cierto número de actos más allá de los cuales aún hay lugar para un poco de vida, pero esta libertad a medias sólo existe para el que posee. El hombre que no posee nada o que posee muy poco se ve obligado a adquirir lo que le falta con la ayuda de la única mercancía con la que puede

traficar: su cuerpo, su vida. Para él, el horizonte, ya muy estrecho, se acorta todavía más y, dejando de ser un hombre, cae en la condición de animal doméstico.

Al reflexionar un poco, nos damos cuenta, sin embargo, de que el poder conferido por la posesión de las riquezas sólo indirectamente está basado en los objetos materiales y que su verdadero origen reside asimismo en las ideas arbitrarias, en las quimeras que sólo una profunda ignorancia puede volver aceptables.

En efecto, si salimos del ámbito de los prejuicios para entrar en el de la verdad, es decir en el de la ciencia, ¿cuál será la demostración científica por la que probaremos que cierta cosa pertenece a un individuo más que a otro?

¿Será porque ha recibido esta cosa de uno de sus antepasados? En este caso sería preciso probar que lo que heredó pertenecía realmente a este antepasado y que éste podía disponer de ello a su voluntad. Cuando digo «podía» quiero decir que lo podía hacer naturalmente, por sí mismo, y no gracias al consentimiento y la ayuda de los que lo rodeaban, ya que aquellos sólo aceptaron esta transmisión porque creían en la legitimidad de la posesión particular.

¿Será porque adquirió este objeto?

¿Y cómo lo adquirió si no fue intercambiándolo por otro que ya poseía? Si cambio unas piezas de metal por una casa, no se sigue, científicamente, que esta casa sea mía; queda por probar, al menos, que estas piezas de metal me pertenecen de otra forma que por el consentimiento tácito de los que me rodean.

¿Será porque ha trabajado y que a cambio le han dado ciertas cosas?

Esto no es una explicación ya que esta manera de adquirir está fundada precisamente en la creencia en la legitimidad de la posesión de aquellos con quienes se practica de esta forma el intercambio del propio trabajo.

¿Será porque ha hecho un objeto que éste le pertenecerá?

Este objeto, ¿lo ha hecho él solo? ¿Él solo ha hecho las materias primas que han servido para su confección? Ciertamente, no. Sin el concurso de un gran número de personas, la más mínima cosa no existiría. El pan no es solamente obra del panadero que lo amasa, es también obra del molinero que ha molido el grano, de los que han batido ese grano, de los que lo han cortado, puesto en gavillas y guardado en la granja, de los que lo sembraron, labraron, etc. Todas estas actividades se encuentran reunidas en el más

pequeño pedazo de pan. El más pequeño objeto metálico no sólo es obra del que lo ha moldeado sino también de los que desde la extracción del mineral han cooperado en las múltiples operaciones metalúrgicas y también de los que han hecho las máquinas necesarias para todas estas operaciones. Se trata de una cadena sin fin, un círculo que engloba a toda la humanidad, y que hace a cada uno indispensable para las necesidades de todos, sin que sea posible evaluar con exactitud la parte de cooperación aportada por cada individualidad.

Sólo el que lo hubiera hecho sin ninguna colaboración exterior podría, sin duda, ser llamado señor de su obra. Pero esta concepción es quimérica. Nos reímos de la hipótesis de un dios creador, es decir de un dios que crea de la nada, pero cuando se trata de hombres vamos repitiendo frases como ésta: «Él es el autor de aquello... sólo se lo debe a sí mismo», etc. *E niquilo niquil*: nada fuera de nada, cada cosa tiene su origen en otra, tal es la ley.

Nuestro cuerpo es producto del cuerpo de nuestros padres, alimentado por la asimilación diaria de gran cantidad de elementos obtenidos de la naturaleza; nuestros pensamientos nacen y son alimentados por pensamientos de otros;

todo nuestro organismo mental y físico, en constante comunión con el todo, no tiene siquiera un punto en el que pueda reposar y decir *yo*, porque por todas partes encuentra a los otros en él; y queremos decir *mío*, afirmar la posesión de objetos materiales por parte de un ser que no se pertenece a sí mismo.

La posesión, en un sentido legal, reposa únicamente en la aceptación de un hecho cuyo origen no buscamos cuando es muy remoto. Así se define el derecho adquirido. En realidad, consiste en la aprobación que se da al acto de apropiación personal cuando éste se ha logrado y se ha mantenido; a condición, no obstante, de que esta primera apropiación que siempre fue hecha a costa del otro, se origine en una época bastante remota. Cuando, por el contrario, la apropiación es reciente, cuando ha sido obtenida por la fuerza de un solo individuo, se lo llama robo, y conduce a su autor a la cárcel. Sin embargo, este acto considerado reprensible deja de ser merecedor de castigo si su autor tiene la habilidad de desaparecer durante unos cuantos años. La prescripción es el premio a esta destreza. Se considera, probablemente, que tan larga posesión constituye un título; y el feliz ganador de esta lucha es libre de transmitir a sus descendientes la pro-

piedad sobre la que él y ellos han adquirido unos derechos. De esta manera todo queda en regla, como ocurre con los descendientes de estos barones feudales cuya fortuna se origina en los despojos de los viajeros a los que sus antepasados extorsionaban tan gentilmente a la sombra de sus castillos y mansiones.

Algunos reformadores han propuesto que la posesión se aplique a lo que pueda conquistarse y a lo que pueda guardarse defendiéndolo.

Pero también en este caso me parece que un individuo nada puede adquirir sin numerosas ayudas. Aun suponiendo que tiene suficiente energía para la tarea, ¿no es cierto que ha sacado provecho de la cooperación de aquellos a quien debe los instrumentos, las herramientas que ha utilizado, de todos los que lo han ayudado a mantenerse durante la obra, suministrándole alimentos, vestidos, techo, fuego, luz, etc.? Y para gozar de todo lo que ha conquistado, para conservarlo, le hace falta la misma cooperación. El hombre no sólo es tributario de sus contemporáneos sino también de sus predecesores, cuya experiencia y descubrimientos son para él otros tantos puntos de apoyo. En realidad, cuando gozamos del más pequeño de los objetos útiles a nuestra vida, estamos sacando provecho de todo

el pensamiento de la humanidad, acumulado durante siglos.

Lo que constituye el derecho de propiedad de una cosa, dicen otros, es la necesidad que se tiene de esta cosa. De acuerdo, pero las necesidades son múltiples y pasajeras; la posesión, en este caso, debería cesar con la necesidad y nacer con ella, no siendo, por tanto, más que un simple uso de las cosas.

La vida y la experiencia están hechas precisamente de la diversidad de las cosas que experimentamos y usamos, mientras que la posesión continua de estas mismas cosas no produce más que inmovilidad e inconciencia.

Al ser producto de todos, todo está al servicio de todos los hombres sobre la tierra. Compete a cada uno servirse de lo que su organismo le permite usar. Éste es el límite infranqueable fijado por la propia naturaleza de los seres.

Los hombres aceptan las manifestaciones exteriores del principio de autoridad a causa del sentimiento interior que depositan en la creencia de la necesidad y la legitimidad de la autoridad; algunos añaden a esta razón la convicción de que el mantenimiento de las instituciones autoritarias les es personalmente ventajoso. Estos hombres pertenecen a la clase, más nu-

merosa de lo que se piensa, de los que creen hacer un negocio ventajoso y sacar más provecho que sacrificios del mantenimiento de la autoridad. En esta clase se encuentran los asalariados —cuyo salario tiene una función que depende de los gobiernos— y todos los que son llamados a mandar sobre otros se complacen en ejercer esta dominación, pequeña o grande. Estos asalariados, fuera de los prejuicios por los cuales se inclinan ante las formas autoritarias, defienden también en ellas la fuente de la que, supuestamente, pueden alimentar su vida. Son ciegos que no ven toda la felicidad, libertad y vida que sacreifican por esas instituciones que nunca les darán más de lo que naturalmente gozarían si estas formas autoritarias no existieran, sin tenerlo que pagar con una servidumbre humillante.

Si los hombres que sostienen la autoridad, pensando con esto sacar provecho, hacen un cálculo equivocado, demuestran una falta de comprensión mucho mayor los que creen necesario asegurar privilegios a un cierto número de individuos a fin de que éstos puedan darles, como limosna, algo de lo que les sobra.

¿Qué sería de los pobres si la caridad de los ricos se acabase? ¿Qué sería de los obreros si no

existieran patronos ni poderosas empresas para hacerlos trabajar? ¡Grave problema, sin duda! ¿Qué es eso que distribuyen los que poseen y que el pueblo teme ver desaparecer con el privilegio de sus amos? Nada que no se encuentre en la tierra, en cuyo caso, si los poderosos no producen lo que distribuyen y hace vivir, ¿no será más fácil ir a buscarlo en sus mismas fuentes? Sin lugar a dudas sería más fácil, pero aquí topamos con el prejuicio fundamental del sistema: el derecho adquirido. Lo que los poderosos distribuyen les pertenece a ellos, nadie más tiene el derecho de tocarlo. La aceptación de semejantes ideas ha perpetuado el derecho de vida y de muerte del hombre sobre el hombre, no sólo en provecho de algunos déspotas, sino en el de cualquier individuo poderoso que, en un momento dado, pueda erigirse en árbitro supremo de la vida de su semejante, concediendo o rechazando, a su antojo, los medios de mantenerlo y conservar su existencia.

¿Qué pensar de los que, a pesar de ser más en número y fuerza, tienen las ideas hasta tal punto falseadas, que protegen un privilegio que les niega el derecho de vivir de otra forma que no sea gracias a la voluntad de aquellos que quieran darles un trozo de pan a cam-

bio de la dura labor de la que jamás recogerán los frutos?

El dolor universal, la disminución de la vida, he aquí adónde conduce la sujeción. Todos son engañados: los privilegiados, los que ocupan las eminentes esferas de la sociedad así como los que hormiguean por los bajos fondos de la miseria. La ignorancia ciega a unos y a otros, todos se contentan con medias vidas, les basta con medias alegrías, siempre dispuestos a la resignación y a la renuncia. ¿Y esto por qué? Con los tiranos celestes, los dioses crueles y estúpidos del pasado, desapareció la razón de estas leyes dictadas al margen del hombre, no para él sino contra él.

El bien debe ser realmente el bien del hombre; el mal, aquello que le es nocivo. Estas dolorosas luchas entre la voluntad y la necesidad deben acabar. La costumbre hereditaria no puede ser más que un recuerdo y de ninguna manera la conciencia. No hay razón alguna para tener remordimientos después de un acto en armonía con el organismo del que lo ha cometido.

Si las leyes, los códigos, no dependen de una autoridad extrahumana, ¿por qué subordinar la vida a las voluntades de hombres como nosotros?

¿Quién obliga, pues, a los hombres a contrariar su naturaleza, a someterse, sino los hombres mismos? Si un solo hombre hubiera concebido la idea de mandar a los demás, ¿lo conseguiría sin el consentimiento de las masas, siempre dispuestas a dejarse amordazar?

Sólo a la ciencia y a la experiencia debe pedir el hombre pautas de conducta y la orientación necesaria para su vida. El hombre no depende ni de amos, ni de jueces, ni de una supuesta conciencia; depende únicamente del saber. Instruir a los ignorantes, poner al alcance de todos el pleno desarrollo de sus facultades, es obrar en pro de la vida.

La ciencia, la libre investigación, crea hombres vivos y capaces; la obediencia crea muertos.

DERECHOS Y DEBERES

En la época de la todopoderosa Iglesia romana[1] cuando, como autoridad suprema, reinaba en Occidente por encima de los reyes y de los emperadores, prácticamente sólo se hablaba de los deberes del hombre. Deberes para con la divinidad, para con la Iglesia, para con soberanos, jefes y superiores de cualquier género.

Los derechos reconocidos a los poderosos, reyes o señores, sobre los inferiores, constituían en realidad una restricción de su autoridad absoluta. Al no permitirles ejercer legítimamente su poder más que en el límite de los derechos que

1. Lo que aquí se dice de la acción de la Iglesia romana en nuestra civilización puede aplicarse a los periodos de supremacía teocrática en otras civilizaciones.

se les conferían en nombre de la divinidad, la Iglesia subordinaba el disfrute de estos derechos al cumplimiento de los deberes para con ella, y no dudaba en dispensar de la obligación de fidelidad y de obediencia a los súbditos de un príncipe rebelde a su autoridad.

Si de esta manera acontecía con los poderosos, qué decir de la condición del pueblo. Para los campesinos sólo existían deberes. Se los exhortaba constantemente a ser humildes, resignados, sumisos, sin permitirles a cambio tener derecho a otra cosa que no fueran los júbilos del alma en el Paraíso.

Así pasaron siglos hasta la época en que definitivamente surgió una nueva concepción, resumida en esta célebre frase: No hay derechos sin deberes. No hay deberes sin derechos.

Los derechos sin deberes era algo inexistente, puesto que los más poderosos se veían obligados, por lo menos, a ciertos deberes morales por la propia doctrina en la que basaban sus derechos. Pero ya era una novedad, y de alguna forma revolucionaria, el precepto que rezaba «no hay deberes sin derechos». No obstante, un examen más atento demuestra fácilmente la completa incompatibilidad entre las nociones de derecho y deber y la libertad.

La palabra derecho, considerada generalmente como una expresión de libertad, y a veces incluso de rebeldía, contiene, por el contrario, la idea de sumisión. Este término abstracto expresa, en efecto, la legitimidad e implica, por consiguiente, el reconocimiento de una autoridad material o moral, de un código que distingue entre los actos, los que *se deben* o *se pueden* cometer y los que *no se deben* cometer.

En un sentido legal, los derechos de los individuos están determinados por los códigos de sus propios países. Es una especie de convenio, un *modus vivendi* entre personas que forman una misma nación, con la particularidad de que los derechos de los ciudadanos serán establecidos por una minoría y de que la mayoría estará obligada a no sobrepasar los límites que le son impuestos, en particular sobre las necesidades que no tiene derecho a satisfacer.

Aunque el derecho significara la voluntad de la mayoría, no por ello dejaría de ser un obstáculo para las aspiraciones de ciertas individualidades y, por consiguiente, una coerción.

En periodos revolucionarios y en general para todos cuantos reivindican ciertos derechos específicos, la palabra *derecho* es sinónimo de las aspiraciones de los que luchan.

Si esta reivindicación se expresa por la fuerza, no pasará de ser un episodio más de la lucha entre deseos opuestos, entre individuos que pretenden someter a los demás a su propia voluntad. Por el contrario, si las reivindicaciones se expresan en las formas llamadas legales, se tratará, en tal caso, de un mero permiso que los que reivindican solicitan a una autoridad determinada, a la que reconocen el derecho de corresponder a su reivindicación o de rechazarla, siendo esta misma reivindicación un signo de dependencia.

La concepción del derecho, como la de la justicia, está íntimamente ligada a la creencia en el bien y en el mal. En su mejor acepción, el derecho es la expresión de lo que sería justo, de lo que sería correcto. No obstante, tal como acontece con todas las ideas abstractas, cada cual concibe el derecho según sus nociones particulares. Si somos incapaces de entendernos respecto a los derechos de cada individuo en una sociedad determinada, ¿cómo podrá alguien imaginar, determinar y decretar cuáles deben ser los Derechos del Hombre?

Quienquiera que reclame el ejercicio de un derecho reconoce, pues, que hay cosas y actos a los que no tiene derecho. Cuando alguien dice:

«mis derechos», se entiende que encuentra justo y correcto hacer aquello y, entonces, todo lo que queda fuera de estos derechos corresponde a las cosas no permitidas e ilegítimas.

Puede admitirse esta expresión cuando se aplica a casos particulares, como, por ejemplo, a los derechos de dos partes en un contrato en el que ambas se imponen ciertas obligaciones y aseguran ciertas ventajas. En este caso concreto, la regla en cuestión es el contrato establecido por la voluntad de los participantes. Pero cuando se habla de los Derechos del Hombre, ¿dónde queda la ley precisa que los determina? ¿En qué laboratorios, en qué salas de experimentos se ha hecho el descubrimiento?

¿Por qué apegándose a viejas palabras se procura restringir la actividad humana? Efectivamente cada cual tiene el derecho de hacer lo que puede. Cualquier ser puede actuar conforme a sus facultades y no de otra manera. Si a veces intenta franquear los límites que le marcan sus aptitudes resultantes de la composición y la disposición de los elementos que lo constituyen, la enfermedad, el sufrimiento, el remordimiento físico, único remordimiento verdadero, le enseñarán que ha excedido su poder, que ha sobrepasado su derecho.

Al precepto «Haz lo que debes», conviene oponerle la siguiente expresión, «Haz lo que quieras», ya que la voluntad de un hombre sano no es otra que la manifestación de su necesidad dictándole lo que es bueno, lo que debe normalmente hacer.

Pero, se objetará, ¿cómo sería posible la vida humana sin regla, sin coerción, en medio de todas estas voluntades distintas que se manifiestan libremente y que a menudo se contradicen? ¿Y cómo es posible la vida en el universo?; ¿acaso no vemos en el eterno movimiento de la materia cómo los diversos elementos chocan entre sí o se unen en luchas y atracciones perpetuas y cómo este inmenso y constante trabajo produce la vida, es la existencia misma? ¿Por qué obstinarse en colocar al hombre fuera de las leyes universales? Al procurar contrariar la naturaleza, en lugar de mejorar su suerte, la humanidad no ha logrado sino aumentar la suma de dolor inherente a la existencia individual con un sinfín de sufrimientos fácticos.

Disminuir la vida, encerrarla entre barreras, se opone precisamente al objetivo propuesto. La coacción impuesta al individuo sólo logra infundirle el odio por la vida social. A menudo él mismo no se da cuenta de sus sentimientos, pero sus

actos los ponen de manifiesto, y esta voluntad, esta necesidad de expansión a la que se opone, produce, al desnaturalizarse, las perversiones, los desvíos de sentimientos, todo ese conjunto de actos anormales y nefastos que constatamos en el seno de las sociedades sometidas a las ideas de la ley y el derecho.

La ignorancia y las supersticiones religiosas tanto en esta cuestión como en todas las relativas a la vida humana, han producido las más funestas aberraciones.

Al ser la vida física y el cuerpo odiados o, al menos, considerados como despreciables e inferiores a la vida del alma (en el lenguaje de los creyentes), o a la del espíritu (en el lenguaje de los que se pretenden ateos), resulta natural que los derechos más reivindicados, aquellos por los cuales la humanidad más ha combatido, más sangre ha derramado, no interesen directamente a la vida humana.

Parece como que los hombres se hubieran avergonzado de reivindicar o más bien de proclamar su derecho absoluto a la vida, a toda la vida del cuerpo fuera de la cual, por mucho que digan, no hay vida espiritual.

Ante todo es preciso vivir y vivir sanamente para pensar y producir actos sanos. «No

sólo de pan vive el hombre» es un célebre dicho. Es cierto que el hombre precisa de otros alimentos para nutrir su cerebro, para desarrollar su pensamiento; pero ante todo necesita pan.

Durante mucho tiempo, los mismos que se declaraban no creyentes y materialistas se avergonzaron de dedicarse a preocupaciones tan materialistas, y todo el esfuerzo humano se orientó hacia abstracciones.

Se reivindicó la libertad de conciencia, la libertad de pensamiento, sin tener en cuenta que para el pobre, iletrado o apenas instruido con algunas nociones rudimentarias, falseadas la mayoría de las veces y usurpadas desde su juventud por un trabajo embrutecedor, estaba fuera de toda cuestión poder pensar libremente y actuar según su pensamiento, ya que la misma facultad de pensar se encontraba casi enteramente aniquilada en el cerebro deprimido por una vida anormal.

Se reivindicó el derecho de voto; es decir el derecho a la obediencia, el derecho de declarar cada cual que renuncia a ser dueño de sí mismo para sufrir la voluntad de algunas individualidades a cuyas decisiones se somete de antemano al elegirlas.

Se reclamó la libertad del trabajo, el derecho de todos a ocupar los cargos públicos, el derecho a la justicia, etc. ¿Qué es eso si no un engaño, palabras huecas? ¿Es libre el pobre, excepto en teoría, de discutir el precio de su trabajo? No, ya que debe comer y, por este hecho, está a merced de los que poseen y pueden darle el medio de calmar su hambre. ¿Tiene derecho el pobre, excepto en teoría y salvo raras excepciones, a los cargos públicos de cierta importancia? ¿Puede acaso procurarse la instrucción necesaria para pretender acceder a tales funciones? ¿Podrá, en suma, esperar el tiempo indispensable para vender su actividad a un precio tan elevado? Claro que no. El pobre debe emplear inmediatamente sus brazos, su fuerza, su vida para el pan del día siguiente, para procurarse un techo.

Comer, eso es lo esencial. Los actos más insignificantes, las concepciones más geniales se alimentan gracias al sustento diario. Comer no abarca toda la vida pero es la acción más inmediatamente ligada a la vida, la que la mantiene y la conserva para permitirle después expandirse hacia todas las producciones del pensamiento.

Este derecho tan natural, recordado constantemente al hombre por la imperiosa necesidad de cada día, parece ser desdeñado por la

humanidad. Es cierto que numerosas revueltas nacieron del grito de estómagos hambrientos, pero fueron pasajeras y jamás se ha proclamado con claridad el derecho absoluto que tiene cualquier hombre de conservar su existencia dándole el alimento preciso.

Los pueblos sueñan con abstracciones y viven de quimeras. Empleando sus fuerzas en cosas vanas, los ojos fijos en las nubes, engañados por aquellos a quienes escuchan, van atravesando los siglos pronunciando grandilocuentes palabras idealistas y, sin embargo, con los pies descalzos, en andrajos, enflaquecidos por las privaciones, caen empujados por la muerte, por haber dejado, en su ignorancia, la tierra a otros y despreciado la vida.

No hay deberes sin derechos. Siendo el derecho considerado como una especie de compensación, de recompensa atribuida al cumplimiento del deber, en realidad es el deber el que ocupa el primer lugar en esta frase y lo conserva realmente en la vida social de nuestros tiempos.

El deber es la obligación de realizar ciertos actos en general desagradables. Como ocurre con el derecho, en vano se busca la regla que preside la elección de estos actos decretados de absoluta necesidad. Como el derecho, el deber

no tiene una base razonada y científica. Sus orígenes se remontan a la antigua creencia en los códigos que las divinidades entregaron a los hombres, que se ha ido transformando según los mitos de las diversas naciones y según los intereses de los que poseen el arte de seducir a las masas y de persuadirlas para que se comporten de la manera más ventajosa para ellos.

La naturaleza no nos presenta en parte alguna la sanción de estos pretendidos deberes del hombre. Sólo ha inculcado en nosotros el impulso que nos lleva a realizar un acto por necesidad, o porque la experiencia nos ha demostrado esta necesidad con vistas a nuestro propio interés.

Limitada a las relaciones sociales la palabra *deber* sólo puede expresar realmente la obligación libremente impuesta por un hombre hacia otro, ya sea por el intercambio de un servicio hecho de una manera u otra, ya sea por pura conveniencia personal. En cuanto al deber en sentido absoluto no deja de ser una palabra hueca, un obstáculo a la vida.

Al nacer, el hombre no contrae ninguna obligación, no aprueba ningún convenio. Más tarde, en el curso de su vida, la necesidad de obtener la ayuda de otros lo lleva a dar algo de sí

a cambio; pero ¿cómo concebir la pretensión que se arrogan las asociaciones llamadas Estados de obligar a todos los hombres que nacen en una determinada extensión de territorio a inclinarse ante reglas dictadas por personas, a veces muertas desde hace siglos? ¿Y si los recién llegados a esta tierra encuentran estas viejas leyes estúpidas y poco adaptadas a su grado de evolución, y si la forma de la asociación les desagrada...? Todo está previsto para estos casos. Para demostrarles la excelencia de los deberes que no reconocen, se los encarcela, se los suprime de distintas formas. ¿En nombre de qué se actúa así?

No hay deberes que cumplir ni derechos que reivindicar. Sólo el saber y la experiencia son capaces de indicar a un hombre lo que conviene a su naturaleza. Asimismo, la necesidad absoluta que tenemos unos de otros determina suficientemente las concesiones mutuas que debemos hacernos para aumentar el bien de cada uno.

Habituados a doblegarnos ante la coacción, a buscar fuera de nosotros la regla de nuestra existencia, llegamos, a veces, a no distinguir en nosotros la voz de nuestra necesidad, esa voz que debemos reanimar expulsando todas las mentiras que destruyen la vida.

¿Qué me importan las palabras, los derechos o los deberes? Las necesidades de mi vida me son transmitidas por los deseos que manifiesta mi organismo y lo que él quiere es lo que yo quiero.

El hombre se aterra, tiene miedo de la libertad y de la naturaleza que le permite cualquier cosa; antes de actuar prefiere esperar el permiso de los amos que se ha impuesto. ¿Qué le queda, pues, de su vida después de los deseos reprimidos, los impulsos destruidos, el instinto falseado...? Apenas la existencia miserable de los animales domésticos que el amo domina, racionándoles la bebida, la comida, el amor, el aire, la luz; azotándolos al menor desvío. ¡Para el hombre, la ignorancia es el amo que no le deja comprender ni desear!

LAS PERSONALIDADES FICTICIAS

Una de las principales causas nocivas para la libre expansión de la vida humana es la existencia que el hombre otorga a una multitud de personalidades convencionales creadas exclusivamente por él y de las que se ha hecho esclavo.

Algunas de estas concepciones del espíritu humano, tales como el bien, el mal, el honor, el deber, la virtud, etc., representaban, en su origen, la expresión de la voluntad de un poder superior al hombre. Teniendo en cuenta que la creencia en los dioses está si no muerta al menos muy disminuida en la mayoría de los hombres, las ideas que proceden de estos dioses sobreviven y continúan sin fundamento, desligadas de todo lo racional y razonable. Estas

ideas, ahora transformadas en divinidades, al imponerse al hombre tan cruelmente como los dioses de antes, encierran su vida entre estrechas barreras, exigen su obediencia y, sin tener ahora la excusa de la cólera divina, el hombre se somete, se lamenta, malbarata su vida, sin encontrar en sí mismo razón suficiente para derribar los ídolos de sus altares riéndose de su antigua credulidad.

Una gran categoría de sentimientos artificiales obstruyen el cerebro y fastidian la vida de los que aceptan el yugo de estos fantasmas. ¡Cuántas luchas vanas engendran! ¡Cuántas fuerzas desperdiciadas para la vida! ¡Qué cosecha para la muerte esta masa de hombres torturados por la vergüenza, el remordimiento, que sucumben al peso de males inexistentes, al tiempo que la enfermedad y los accidentes naturales producen una suma ya demasiado grande de sufrimientos inevitables!

Las ideas abstractas, al mismo tiempo que gobiernan a los hombres, se van modificando en cada individuo según sus particulares disposiciones. De este modo, el antagonismo que existe entre su vida y la vida personal de los individuos es menos aparente del que se manifiesta entre la vida individual del hombre y la de una cierta

especie de personalidades ficticias que toman prestada una aparente existencia a las vidas humanas, cuyo gregarismo sirve para crearlas. Forman parte de este grupo: la patria, el Estado, la Iglesia, el partido, la familia, etc. y, en general, cualquier colectividad que tienda a constituir una personalidad propia bajo un nombre que designa el conjunto, sin mencionar las individualidades que la componen.

La búsqueda de una vida más agradable y mejor fue, muy probablemente, el objetivo del hombre en sus primeras tentativas de agrupamiento. La unión le permitía defenderse de las fuerzas naturales o resistir ante los enemigos para garantizar mediante el intercambio la satisfacción de las necesidades que no podía cubrir con su única fuerza. Al agruparse, el hombre podía completar y mejorar su vida gozando de las facultades ajenas, ofreciendo a cambio a la comunidad los recursos de su actividad. Los hombres obedecen en realidad a un único móvil: el deseo de bienestar, la mayor satisfacción obtenida mediante la asociación; en una palabra, la búsqueda de la felicidad personal.

La concepción utilitaria inicial fue desapareciendo, poco a poco, de la mayoría de las agrupaciones. De este modo se confirma que a medi-

da que iba creciendo y conforme la asociación iba tomando vida, la intensidad de vida disminuía entre los asociados. Según parece, muchas de estas agrupaciones llegaron a mantener una existencia muy especial, absolutamente separada de la de los hombres que la constituían con la particularidad de poseer intereses contrarios a los de todos los asociados y de imponer su tiránica autoridad hasta tal punto que los hombres sacrificaban el bien real y verdadero de su existencia a la conservación o a los intereses de estos seres quiméricos.

El lenguaje corriente refleja la idea de vida individual atribuida a estos ídolos modernos, y se expresa al respecto como si se tratara de seres con vida real. ¿Acaso no se dice «los secretos, la razón de Estado» como si el Estado estuviera dotado de un cerebro que le permitiera razonar? ¿La razón de Estado puede ser otra cosa que los raciocinios de algunos individuos que gobiernan a sus semejantes? ¿No se habla con ardor de la defensa de la patria? ¿No consiste esta defensa en matar a los hombres que constituyen esta patria y sin los cuales no existiría?

Alrededor de estos maniquíes, como en torno a las estatuas de los dioses antiguos, vela el ejército de curas y de siervos de estos cultos lai-

cos. Estos colectivos, que viven de los sacrificios ofrecidos a los ídolos por el pueblo, siempre están dispuestos a prestar a la divinidad inerte el apoyo de su voz y de sus brazos para reproducir sus oráculos o ejecutar sus venganzas. Pero por más escépticos y mañosos que sean, no es raro verlos también expulsados del santuario y, caídos de nuevo en el rebaño de los simples fieles, machacados por el poder que habían estado defendiendo.

En ciertos casos, los mismos nombres atribuidos a tales seres parecen un desafío al sentido común.

¿No se habla de la «sociedad»? Esta palabra, que expresa la idea de asociación voluntaria, de agrupación querida por individualidades deseosas de obtener ventajas de tal reunión, hoy no designa más que una aglomeración de hombres en la que todos se ven incorporados por la fuerza desde su nacimiento[1] y donde, de buen o mal grado, deben someterse a reglas establecidas sin su consentimiento y de las cuales no pueden

1. Es necesario también decir: antes de su nacimiento, puesto que la mujer embarazada no es dueña del ser que es parte de ella y que la «sociedad», rebajándola a la condición de animal productor, le ordena, con la amenaza del castigo, que conserve para su servicio, para sus ejércitos, un ser que todavía no tiene existencia propia.

prescindir. Así se confirma una extraña sociedad compuesta por gente que no ha pedido entrar y que en lugar de decir simplemente «retírate» al que no se encuentra a gusto, se arroga el derecho de poder castigarlo o matarlo, como si hubiera violado un tratado respecto al cual nunca fue consultado y al que nunca dio su consentimiento.

La «sociedad», por lo demás, también habla del derecho que tiene de defender su existencia irreal y lo ejerce sobradamente destruyendo con brutalidad o hipocresía la existencia de los miembros descontentos, de los que, al verse frustrados por la asociación, desean agruparse de otra manera.

Todos estos poderes ficticios, ante los que se inclinan los hombres, no son nada por sí mismos, y su existencia artificial se sustenta gracias a las porciones de vida sacrificadas por los hombres.

Cuanto más sólida es la vida de las patrias, de las sociedades y de otras abstracciones de este género, más débil es la vida de los individuos. El día en que desaparezcan estos fantasmas, el hombre se sorprenderá de la fuerza de su vida, que en las actuales circunstancias que lo traban no puede ni sospechar.

En general, los hombres no están hechos para vivir solos. Las múltiples necesidades de su existencia material así como las necesidades de su actividad cerebral, sólo pueden ser satisfechas gracias a la colaboración con un gran número de sus semejantes. La solidaridad, la asociación se imponen necesariamente al hombre que desea salir de la vida puramente animal; pero las agrupaciones pequeñas o grandes, sea cual sea su naturaleza y su objetivo particular, sólo tienen razón de ser si se constituyen con vistas a las individualidades que a ellas se adhieren para sacar el mayor provecho.

La sociedad está hecha para el hombre y no el hombre para la sociedad. Lejos de tener que inclinarse ante la autoridad impersonal de las agrupaciones, el hombre debe, sin vacilar, sacrificar sus intereses ficticios a la satisfacción de sus necesidades. Cuando la sociedad en la que se encuentra un individuo pone trabas a su libertad y contraría sus aspiraciones, éste tendría que poder abandonarla ya que deja de convenirle. Ya sea procurando otra agrupación o viviendo solo, según su deseo, jamás el hombre, ser vivo y real, deberá entregar sus deseos a una abstracción, ni soportar que ésta le imponga el cumplimiento de actos cuya necesidad no siente.

Hay una solidaridad buena que se ejerce para favorecer y procurar la felicidad de sus semejantes y una solidaridad nefasta que empuja al hombre a sacrificarse por una palabra: por estar catalogado con el nombre de turco, de ruso o de inglés, de católico o de musulmán, o porque él mismo ha aceptado, en definitiva, la etiqueta de un partido que se dice monárquico, republicano, socialista, o como se quiera.

¿Habrá en la tierra dos hombres que piensen absolutamente igual sobre todos los puntos, que lleven una vida idéntica y que puedan continuar pensando y viviendo los dos de manera parecida durante toda la vida? ¿No sería necesario para esto, además de una constitución física absolutamente idéntica, que hubieran tenido la misma educación, aprendido las mismas cosas, vivido en los mismos medios sociales? ¡Es absurdo imaginar tal cosa! ¿No será más absurdo todavía, para los hombres, registrarse en una asociación, alistarse bajo cualquier bandera, imponerse leyes fijas y querer avanzar siempre juntos, en cualquier circunstancia, cuando sus individualidades los hacen tan distintos unos de otros? Por esto, para alcanzar tal objetivo, se invoca la disciplina, la abnegación, un sinfín de teorías embusteras que van siempre a parar al

mismo resultado: la disminución de la vida individual.

Nunca estará de más repetir que en esta cuestión lo más importante es convencerse de la inexistencia de todas las personalidades ficticias. Cuando se habla del porvenir de la raza, la felicidad, la grandeza de la patria, etc., es preciso comprender que se trata del porvenir de los individuos que componen la raza, las condiciones espirituales y de existencia de los hombres que constituyen la patria. ¿No reside en este mensaje, en cierto modo, un eco de la vieja lucha entre un espiritualismo erróneo y el materialismo científico? ¿La idea abstracta no deberá encarnarse en la materia para aparecernos real y tangible?

Obedeced, someteos, resignaos a vuestra ignorancia, a vuestra miseria, para que la «sociedad» sea fuerte y feliz, se nos dice. Nosotros respondemos, una asociación no tiene vida fuera de la de sus miembros. Será despreciable si son despreciables, ignorante si son ignorantes, miserable si son miserables: cada sufrimiento soportado por uno solo de los individuos que la componen aumenta la suma de sufrimiento general y ningún milagro será capaz de transformar en saber y en bienestar para el conjunto la ignorancia y la miseria individuales.

Nada es más falso y funesto que creer que la resignación, la abnegación de sí mismo, practicadas por cada uno, pueda tener virtudes para la colectividad.

¿Cómo queréis del dolor de cada hombre conseguir la felicidad de la humanidad?

¿Cómo de la sujeción de cada uno pensáis hacer surgir la libertad para todos?

DE LA BÚSQUEDA DE LA FELICIDAD EN EL PRESENTE

Pronto a la resignación ante el sufrimiento, el hombre, en general, dedica muy poca energía a la búsqueda de la felicidad; parece temerla al tiempo que la desea, postergando el plazo del sueño de felicidad que, a pesar de los pesares, conserva siempre en el fondo de su pensamiento.

Cuando el hombre natural, el hombre sano cuyo raciocinio no ha sido falseado por la educación —en caso de que este hombre exista actualmente— expresa un deseo, los actos tienden inmediatamente a su más rápida realización.

Los primeros que manifestaron interés por emplear el tiempo y el trabajo de sus semejantes para obtener una mayor satisfacción tuvie-

ron que luchar, sin duda, contra el poderoso instinto de seres groseros, ignorantes, pero de gran vitalidad. Estos hombres, de mentalidad poco desarrollada pero no deformada, no hubieran admitido sacrificios realizados sin contrapartida.

Para que abandonaran las satisfacciones hacia las que se sentían atraídos, fue necesario hacerles creer que este sacrificio era provisional y que las ventajas a las que renunciaban les serían devueltas más tarde, centuplicadas, en otra existencia.

Impulsados por un deseo natural de felicidad, los hombres, desde el primer despertar de su mente, al no encontrar en la Tierra las satisfacciones soñadas, muy probablemente fueron conducidos a imaginar otra vida mejor. —La acción simultánea de múltiples causas propicia las transformaciones—. Pero si las prédicas de los que deseaban expandir la fe en las compensaciones extraterrenales encontraron un terreno abonado, debemos reconocer que esta creencia tuvo su más celoso propagandista en el despotismo del que, a su vez, la fe fue el más firme sostén, puesto que contribuyó, mejor que cualquier otra, a hacer aceptar todas las injusticias y todas las expoliaciones.

La naturaleza de las compensaciones esperadas varía según los individuos. Unos, creyendo en la continuación de las percepciones de los sentidos después que los órganos sensoriales hayan sido destruidos, sueñan con abundantes cacerías, con festines renovados una y otra vez, como las hordas entre las cuales la escasez se hace sentir a menudo; el musulmán cree en un paraíso cuyas fuentes abundantes contrastan con la aridez de las regiones arenosas, donde el sufrimiento a causa de la sed es común; otros, en fin, imaginan gozos menos materiales. Pero lo que en vano se busca en todas estas creencias es el lazo que une las condiciones de nuestra existencia actual con las de esas vidas futuras.

¿Qué necesidad habrá de ser ahora pobre, ignorante, privado de todo, para ser feliz más tarde? ¿La pobreza creará la riqueza, la ignorancia engendrará el saber?

Sobre este punto los creyentes no dan explicación: «Un día seremos recompensados», dicen. ¿Recompensados por qué? ¿Por haber llevado una vida estúpida, por haber atrofiado nuestras facultades, por haber sido inútiles para los demás y para nosotros mismos?

Cuando los desgraciados se consuelan así de su miseria, ¿acaso no saben que su religión pro-

mete la misma beatitud celestial a los ricos, a los felices, merecedores gracias a las plegarias o al sacrificio de un poco de lo que les sobra, de esas mismas alegrías extraterrenales que, obedeciendo a las exhortaciones, compran al precio del sacrificio de todos sus deseos, de toda su vida? ¿Por qué renuncian, pues, a su parte de felicidad inmediata si nada les impide reivindicar, al mismo tiempo, las problemáticas fortunas del paraíso?

La Iglesia romana, la que impropiamente se llama católica,[1] nunca ha tenido rival para falsear las mentes; y la manera como los hombres han aceptado unas enseñanzas que ella abiertamente desmiente con su conducta es un triste ejemplo de su inconsecuencia y de su ceguera.

«Bienaventurados los pobres, los que sufren y lloran. Bienaventurados los humildes, los que se someten y se resignan», proclama. Y durante siglos los pueblos han llorado en silencio sin rebelarse contra la injusticia y la crueldad, arrastrando su lamentable miseria hasta las puertas de las iglesias y de los conventos, a los umbrales de los palacios, de donde a veces caían unas miga-

1. Católico, en griego, «universal». Según las estadísticas más favorables, habría 245 millones de católicos romanos, es decir, menos de una sexta parte de la población mundial.

jas. La Iglesia no se preocupaba, sin embargo, de ser bienaventurada como los pobres y los humildes. Sus príncipes, sus dignatarios eran gente ávida de poder y de placeres. Todo el mundo se arrodillaba ante ellos besándoles los pies; eran ricos con todas las riquezas que los pueblos les dejaban, la abundancia de sus banquetes se alimentaba de las privaciones de la multitud, sus vestidos lujosos y todo el fausto de su existencia provenía de la aflicción de los miserables.

Manteniendo la fe gracias a la sabia escenificación del culto, los hombres, por encima de las catedrales iluminadas, a través de las nubes de incienso y de las armonías de los cantos sagrados, entreveían el espejismo encantador: el paraíso donde «cualquier lágrima es enjugada» y volvían a cargar su fardo.

¿Debemos hablar en pasado de estas cosas? ¿Nuestros contemporáneos han abjurado de estas creencias engañosas? ¡Desgraciadamente, no!

Sin abordar aquí el examen de ningún dogma será útil decir a los fieles de cualquier culto: «Vuestros sacerdotes os engañan cuando convierten el sufrimiento y la ignorancia en un mérito. Mirad cómo actúan y veréis cómo apenas se esfuerzan para ganarse el Cielo con los medios que os proponen. Vosotros que creéis en la su-

pervivencia de un espíritu, al que llamáis vuestra alma, sabréis que la miseria, el exceso de trabajo, sólo pueden alejaros de vuestro objetivo y, al deprimir vuestras facultades, embruteciéndoos, no os asemejáis a los ángeles sino a las bestias».

Si el creyente, en cierto modo, puede disculparse por diferir la realización de su sueño de felicidad, ¡qué debemos pensar de los que, sin esperar ninguna compensación de un más allá que niegan, aceptan el sufrimiento con la misma resignación!

Estos hombres tienen fe en la felicidad de las generaciones futuras. Les basta creer que la existencia de sus bisnietos alcanzará la más perfecta de sus concepciones de vida social, para así someterse a su miseria, renunciando a sus deseos personales, en la «esperanza» de esta felicidad ideal que no probarán y de la que nunca serán testimonios.

El creyente, al decir, «más tarde, en el paraíso», o el revolucionario, al decir, «más tarde, después de la revolución», me parecen muy semejantes, aunque con ideas distintas. Las palabras poco importan, paraíso o revolución son, en este caso, engaños, tanto uno como la otra. Lo que justamente no debe decirse es: «más tarde».

Más tarde, mañana, ¿quién sabe dónde estaremos? ¿Qué habrá acontecido a nuestra existencia individual? ¿No es más bien ahora, en el minuto presente, cuando debemos vivir, es decir esforzarnos por alcanzar la mayor felicidad? ¿No es mientras estamos vivos que debemos vivir?

Estamos tan poco acostumbrados a tales raciocinios, la herencia de largos siglos de coacción moral y material nos ha habituado de tal manera a resignarnos ante el sufrimiento, que esta lucha perpetua por la felicidad parece, a la mayoría de los hombres, una fatiga demasiado pesada. Su individualidad deprimida no se siente lo bastante fuerte para abordar el combate y prefieren dejarse vencer por el sueño, pasivos y débiles, encaminándose hacia la muerte, arrastrados por el torrente de energías negadas o jamás despertadas.

El creyente, al imaginarse que el pasaje de este mundo al otro basta para transformar cualquier disposición, cualquier sentimiento del hombre, y el revolucionario, esperando el mismo resultado de la revolución, dan pruebas de una misma ingenuidad. ¿Quién hará esta revolución? Los hombres, ¿no es cierto? ¿No deberemos concluir que la revolución, su obra, valdrá tanto como su mentalidad?

Si, al encontrar egoísta y limitado el concepto de felicidad individual, inmediata, puramente personal, se prefiere, gracias a un resto de apego a las ideas erróneas del pasado, proponer un fin más lejano de felicidad de la futura humanidad, deberemos reconocer, sin embargo, la necesidad de trabajar desde ahora por nuestro propio bienestar. ¿Una generación de hombres enflaquecidos, de cerebros atrofiados, podrá engendrar una generación vigorosa e inteligente? No lo creo.

La búsqueda continua de felicidad es un hábito que debe adquirirse, una educación que debe emprenderse, una revolución íntima que deberá transformar individualmente a las personas acostumbradas a la pasividad y a la resignación.

Todos los hombres dicen, sin duda, que desean ser felices. Pero por poco que insistamos, ¿cuántos no añadirán enseguida que se trata de vanos sueños, utopías, y que es imposible que todos los hombres sean felices, que siempre habrá miseria material y sufrimiento moral? Y los que así hablan son, sobre todo, los más pobres.

¡Qué distintas serían las condiciones de la vida social si los hombres comprendieran que

fuera de los accidentes causados por las fuerzas de la naturaleza, todos los males que sufren sólo existen porque quieren soportarlos, que todos estos males han sido creados por hombres y que otros hombres los pueden suprimir; si cada cual, en suma, procurase destruir en sí mismo todos los prejuicios, todos los obstáculos que se oponen a la libertad de sus actos y se esforzara, hasta los más mínimos detalles, por tener siempre presente su verdadera felicidad! ¡Qué diferencia con aquella vana expectativa basada tanto en la cobardía ante el esfuerzo como en la ignorancia de las causas del sufrimiento!

¿Qué habrá cambiado mañana o después de la revolución (si los hombres hacen una revolución)? El aire, el agua, la tierra, todo será idéntico.

El hombre no debe esperar el auxilio desde el exterior, todo le ha de venir de sí mismo. Sólo la modificación de su mentalidad puede operar verdaderas transformaciones sociales.

Dejar para mañana, para más tarde, la satisfacción que podemos conseguir en el minuto presente es la peor de las locuras. ¿Acaso no es este minuto lo único de lo que podemos estar seguros? ¿Acaso nuestra existencia individual no lo es todo para nosotros? ¿Acaso no percibimos

todas las cosas en ella y solamente a través de ella? ¿La única verdad no consistirá, por tanto, en vivir tan plena y tan completamente como sea posible cada uno de los instantes que componen esta existencia?

Nuestra personalidad sólo tiene vida real en el minuto presente. Mañana no es todavía «nosotros», ¿lo será alguna vez? ¿Durará nuestra individualidad hasta ese momento?

Locura, desdeñar el presente para esperar el futuro. Locura, situar el sueño de la felicidad en un más tarde incierto o en hombres que nunca conoceremos, en sensaciones en las que nunca participaremos. Locura, locura inmensa, no vivir con toda la intensidad posible cuando la vida es nuestra.

DEL ANTAGONISMO DE LOS INTERESES

Cuanto más se aleja el hombre de sus orígenes, más se desarrolla su mentalidad y más aumentan sus necesidades. Cada nueva facultad que en él se despierta, alargando su vida, incrementa también su actividad y reclama nuevas satisfacciones.

Si el hombre primitivo, en los tiempos prehistóricos, podía vivir casi aislado en los bosques, limitándose a juntarse, a veces, con otros individuos para llevar a término una caza difícil o para defenderse de un peligro, es porque sólo en contadas ocasiones precisaba el concurso de otro hombre para satisfacer sus escasas necesidades, apenas superiores a las de los animales salvajes. En cuanto al hombre actual, sólo uniéndose a sus semejantes puede

escapar a la existencia miserable de sus primeros antepasados, luchar eficazmente contra las fuerzas adversas de la naturaleza, defender su vida y mejorarla aumentando los recursos en todos los dominios. Mas, para ser verdaderamente benéfica, la asociación debe corresponder a los intereses de todos los asociados y ser realmente deseada por todos.

No hace falta ser muy sabio ni dedicarse a largas observaciones para darse cuenta de que los grupos humanos no responden en modo alguno a las necesidades de los individuos, y que, lejos de facilitarles la vida, lo que constituye la primera razón de ser de una asociación entre hombres, las sociedades incrementan la rudeza de la lucha por la vida, aumentando el lado penoso, sustituyendo la lucha del hombre contra las fuerzas naturales por la lucha del hombre contra el hombre.

En vano nos preguntamos qué ventaja concreta sacan los hombres de su organización en sociedad. Si el hombre aislado y errante corre el riesgo de encontrarse a menudo sin lo necesario para su existencia, empezando por la primera de todas las necesidades, la alimentación, el individuo sometido a la servidumbre social tampoco tiene la certeza de obtener lo que su naturaleza

reclama, ningún contrato le garantiza siquiera el pan. Como sus primeros antepasados, los que otrora vivían en la tierra no cultivada, también él debe luchar para obtener su alimento, pero mientras aquellos, por lo menos, no se volvían unos contra otros más que cuando el hambre los empujaba a ello, gran parte de nuestros contemporáneos sólo puede comer todos los días si disputan a otros hombres el pan que precisa.

¿Qué es la competencia sino una palabra hipócrita para designar esta lucha perpetua de unos contra otros, esta guerra sin tregua que prosigue implacable en nuestras sociedades? ¡Lucha no sólo execrable por los dolores que engendra, sino igualmente estúpida, porque ni siquiera puede esperarse que favorezca el desarrollo de la fuerza física o de la inteligencia! En estos combates, el vigor del cuerpo o del espíritu ejerce poca influencia. No se puede esperar que los más bellos ejemplares de la raza, eliminando a los otros, procreen generaciones más bellas y más perfectas; esta última lógica, por la cual la naturaleza parece a veces disculpar las luchas que en su seno se libran, fue proscrita por las sociedades. El más fuerte es el que posee; éste es el que vencerá y subsistirá, mientras desaparecerán, a menudo, los robustos y los inteligentes.

Las sociedades actuales no tienen por base la unión y la comunidad de intereses entre sus miembros sino, por el contrario, la división y la oposición entre esos intereses. Subsisten gracias a una competencia artificial, llevada al extremo, explotando, aparentemente, el sufrimiento de las masas en provecho de una minoría de privilegiados. En realidad, esta competencia ficticia restringe la parte de felicidad y de vida que el hombre encontraría en una asociación normalmente constituida. Esta competencia nefasta se manifiesta de la manera más insensata; los hombres no sólo tienen intereses opuestos a los de sus coasociados, sino que sus propios intereses se encuentran en contradicción los unos con los otros.

¿Tendrá el mundo judicial —como a primera vista parece— un interés particular en conservar la criminalidad, la perfidia contractual y todos los actos nocivos gracias a los cuales existe? No siempre.

Sólo los criminales que, por miseria o perversión mental, perjudican a sus semejantes, justifican la existencia de la corporación judicial. Al legitimar, aparentemente, una de sus instituciones, contribuyen al mantenimiento del estado social que los ha llevado al crimen, y que

permite que sigan viviendo en estos mismos ambientes otros individuos, preparados para las mismas desastrosas tareas y destinados a los mismos castigos. Así se eterniza el desfile de los miserables, alimentando una parte de sus semejantes a costa del dolor de otros y de su propia desgracia.

Cada miembro de la corporación judicial tiene, en tanto que individuo, un interés totalmente diferente. La existencia de la criminalidad, en todas sus formas, le hace correr el riesgo, igual que a sus conciudadanos, de llegar a ser víctima de un estado de cosas donde el crimen y la falta de honradez son necesarios para el funcionamiento de uno de los mecanismos de la organización social.

¿No tendrán los jefes militares interés en que se perpetúen los odios absurdos entre los pueblos visto que sólo estos odios les permiten conservar la función que ejercen? Un ejemplo que puede considerarse histórico acaba de demostrar hasta qué punto semejantes intereses son nefastos para el individuo pudiendo llevarlo a sufrir cuando el germen ruin, antihumano de la institución que apoya, siempre que ésta escoja otras víctimas, acaba por volverse contra él.

Las masacres entre hombres sólo pueden comprenderse en estos periodos bárbaros en los que la falta de alimentación, la verdadera lucha por la vida, obligaba a las hordas primitivas a lanzarse contra las hordas vecinas para saquearles los víveres que éstas poseían o, a veces, para devorarlas. ¿Qué ceguera llevará a ciertos hombres a matarse unos a otros por la ambición de un déspota o de un ministro, la palabra de un diplomático, un acuerdo entre financieros, o cualquier otro motivo que ignoran absolutamente y que no les importa lo más mínimo?

Se han hecho muchas frases sentimentales contra la guerra, ¿con qué resultado? Ninguno. Por otra parte, el hombre no debe preocuparse por cuestiones de sentimientos, siempre discutibles. Para él, sólo una cosa es real: su interés, y sólo a éste debería consultar siempre y en todo. La guerra es horrible, pero no por esta razón debemos rechazarla. En las luchas primitivas, cuando la vida del individuo hambriento estaba en juego, su interés lo empujaba a apropiarse de la porción de alimentos de su semejante, a suprimir una existencia para prolongar la suya; no le faltaba razón para hacerlo. Su instinto le decía: «vive», y su voluntad de vivir se imponía como un derecho estricto e indiscutible.

La naturaleza no posee nuestros sentimentalismos pero tampoco nuestras imbéciles crueldades. Ni llamadas de compasión ni lágrimas. La guerra y el militarismo son un engaño para los pueblos, para todos los pueblos, y por esta razón deberían rechazarlos.

¿Qué interés pueden tener en una guerra el trabajador intelectual o el trabajador manual? ¿Qué se les podría quitar? La mayoría de las veces no poseen nada puesto que sus supuestos compatriotas no les han dejado nada. Y sin embargo al otro lado del río o de la montaña, más allá de los océanos, dondequiera que se extienda la vista, dondequiera que corra el pensamiento, vemos hombres que luchan y se afligen por el pan, que luchan y se afligen por la ciencia, y otros hombres que rechazan la vida.

¿Qué importa el color y el lenguaje del Amo? ¿Qué importa el suelo donde uno vive si no puede ni comer, ni pensar, ni actuar según sus fuerzas y deseos? El enemigo es el Amo, sea quien sea. El enemigo está en todos los países, en cada individuo que puede decir a otro: «quiero». Y, por encima de todo, el enemigo está en cada hombre, en la ignorancia, que por sí sola crea a los Amos.

La familia no escapa a esta ley de nuestras sociedades que lanza la confusión donde debería

existir, por el contrario, la más completa unión. Con el actual sistema de propiedad, ¿no estarán los niños interesados en la muerte de sus padres para heredar? En esta cuestión no hay sentimentalismos que valgan. En muchos casos la muerte de los padres trae una mejora en la existencia de los hijos, ya sea porque heredan, ya sea porque esta muerte los libra de una carga a menudo muy pesada para trabajadores que tienen a su vez niños que sustentar. ¿Quién es, pues, el responsable de situaciones tan lamentables, conflictos tan deplorables entre los sentimientos afectuosos y las necesidades de la vida, sino una sociedad hipócrita que se proclama protectora de la familia y va en contra de aquellos que preconizan su libre organización basada en los lazos afectivos, sin que la oposición de intereses pueda introducir desorden y desunión?

¿Será preciso que continuemos y hablemos de los médicos, de los vendedores de remedios, obligados a aprovecharse del mal estado de la salud pública para convertirla en una fuente de ingresos, directamente interesados en que sean numerosos los casos de enfermedad, con el riesgo de experimentar ellos mismos la influencia deletérea de un entorno malsano? ¿Acaso no nos damos cuenta de que lo más humano, lo más

útil, lo que podría ser benéfico por encima de todo, la ciencia promotora de un hombre sano y robusto, se vuelve contra el individuo como todo cuanto brota y vive en nuestras sociedades, sólo dotadas para el mal, impotentes para el bien, que transmiten a todo lo que tocan la tara de su falso principio: el antagonismo entre los intereses humanos?

La lucha entre intereses diversos, tan desastrosa para la felicidad humana, prosigue más dura y más visible sobre todo en el mundo de los trabajadores.

La producción no sirve para satisfacer directamente las necesidades de los productores, ni cuando los usan para ellos mismos, ni cuando los intercambian por otros objetos o por cualquier otra fuente de bienestar. Estos productos están arbitrariamente acotados a una cantidad de dinero, valor absolutamente ficticio, ya que el dinero sólo sirve para las transacciones. Esta cantidad convencional de dinero, equivalente al objeto producido, no pertenece al individuo que lo ha fabricado ni al que ha puesto la materia prima; una gran parte es atribuida a alguien que en nada ha participado en el trabajo real.

La producción no se realiza con vistas a satisfacer las necesidades del conjunto de los

miembros de la sociedad. Los que poseen dinero tratan simplemente de aumentar su cantidad como medio para obtener cualquier cosa sin ningún trabajo personal. El trabajador, por el contrario, no puede intercambiar directamente su trabajo por las cosas necesarias para la vida; tiene que pasar por el intermediario del dinero, ha de trabajar para el que se lo puede dar. De este modo cae siempre en la trampa: siempre le toca perder. Nunca obtiene de su trabajo el valor equivalente a lo que produce; la diferencia entre el salario pagado al obrero, el precio de la materia prima y el precio de venta pertenece al individuo que lo hace trabajar. De donde se sigue que si todos los que han cooperado en la confección de un objeto —incluyendo el que suministra la materia prima— quisiesen volverse propietarios, tendrían que pagarlo con una suma mayor que la de sus salarios reunidos. ¿Cómo obtener la diferencia? Trabajando más, haciendo, por ejemplo, dos objetos para comprar sólo uno, es decir, aumentando, por una repetición del beneficio, la riqueza de otro en detrimento suyo. En consecuencia cada instante entregado por el obrero al trabajo, cada esfuerzo realizado para obtener el dinero necesario para su subsistencia, contribuye al mismo

tiempo a aumentar una riqueza de la que nunca podrá beneficiarse y un poder que se volverá contra él.

Si la producción se intercambiara directamente por una producción de otro género, la avidez del individuo, su deseo, incluso excesivo, de poseer muchas cosas, contribuirían todavía más a la riqueza general, ya que, al producir mucho para poder realizar muchos intercambios, el individuo, al mismo tiempo que aumentaría su bienestar, pondría en circulación elementos suplementarios para el bienestar social. Debido a la intervención del dinero, la iniciativa y el esfuerzo individuales no pueden producir ninguno de estos resultados. Primeramente, el individuo no es libre de trabajar cuando quiera ni tanto cuanto desee. Incluso si en esto fuera libre, ya no lo sería para intercambiar por un excedente de bienestar los frutos de su aumento de trabajo. Una sobreproducción, en el sistema actual, sólo tiene por efecto hacer bajar el precio de la mercancía demasiado abundante y, obviamente, los salarios de los que la producen. Con semejante juego de balanzas les es imposible a los trabajadores mejorar su situación de manera honrada, gracias a su trabajo personal. Al no disponer de

dinero y no poder pasar sin él para vivir, quedan a merced de los que pueden dárselo, y estos sólo lo dan en la medida que les interesa, es decir pagando más o menos lo necesario para subsistir a aquellos cuya vida les es útil y rechazando a los demás. Es imposible que suceda de otro modo. Los que emplean trabajadores sufren también la competencia y han de luchar para obtener el máximo de trabajo por el mínimo de salario, so pena de caer, a su vez, en la clase de los que nada poseen.

Al no regularse la producción por las necesidades reales de los hombres sino por el interés de algunos, el hecho de que cierta cantidad de trabajadores no tenga empleo beneficia a estos intereses particulares, a la vez que perjudica al resto de los hombres. De todos modos estos «desempleados», de vida miserable, son causa de miseria para el resto de los hombres. Primero, por la competencia que la necesidad les obliga a ejercer sobre los que trabajan; y después, porque la producción, al resultar disminuida de toda la suma de trabajo que estos «desempleados» hubieran podido proporcionar, hace que los diversos productos sean menos accesibles a todos, más caros, y fuerzan al obrero a trabajar más para adquirirlos, lo que contribuye a mantenerlo

en su pobreza y le obliga a aceptar cualquier salario para poder vivir normalmente.

En resumen, si se acepta la posesión perpetua por un individuo de cosas que él mismo no puede valorizar, los miembros de una sociedad se transforman en enemigos: los que poseen procuran conservar y ampliar lo que llaman su propiedad, no dejando a los otros siquiera la facultad de crear, fuera de ellos, nuevos valores sociales.

Generalmente no es así como los trabajadores ven las cosas. Para ellos el enemigo es el que está a su lado, dispuesto a obtener lo que les ha sido denegado: el puesto de trabajo, el empleo, el salario de miseria, cualquier tipo de servidumbre para la que ha parecido más apto o más dócil. Éste, según el caso, es el obrero no sindicado o el extranjero, o el judío, o cualquier otro: un miserable al que se juntan otros miserables. Aún no ha llegado el momento en que los trabajadores negarán este pacto estúpido en virtud del cual el sastre puede acabar en andrajos después de haber pasado su vida cortando ropa, y el paleta morir por falta de cobijo, después de haber levantado tantas paredes para las casas de otros.

Si retrocedemos mentalmente en el tiempo vemos cómo a medida que nos acercamos al

hombre primitivo, el esfuerzo aumenta inversamente a la calidad del trabajo obtenido. Sin remontar a nuestros antepasados que cortaban sílex penosamente para producir groseros instrumentos, podemos darnos cuenta facilmente de la lentitud y de la dificultad con que trabajaban los artesanos de la Edad Media o simplemente los de hace cien años. El desarrollo prodigioso del maquinismo vino a alterar todas las condiciones de trabajo. La tarea que diez hombres robustos ejecutaban penosamente, hoy cualquier niño puede llevarla a cabo haciendo girar una manivela o apretando el botón de un aparato mecánico. El progreso, lejos de disminuir, aumenta sin cesar. Las máquinas fabrican otras máquinas, cada día aparece una nueva, más potente que las anteriores y que responde a las nuevas necesidades.

¡Qué ideal más fascinante puede ofrecerse a la humanidad: ver cómo la producción de todas las cosas se multiplica por diez o por cien, sin cansancio humano, cómo esas robustas e infatigables máquinas de acero apenas requieren un poco de vigilancia, y cómo el hombre, liberado del exceso de trabajo, emplea para su propia satisfacción el tiempo que antes pasaba doblegado en su tarea!

La humanidad no ha llevado a cabo este bello sueño ; no ha querido ver que la realidad le ofrecía, en la Tierra, algo mejor que los paraísos con los que se escarnece su ignorancia.

Con la actual organización de nuestras sociedades la máquina sólo podía ser construida por el rico. Una vez construida se convirtió, pues, en la propiedad del rico, y la dócil sirvienta del hombre se convirtió en la bestia ruin y rival del obrero que sólo puede encontrar gracia ante los poderosos volviéndose esclavo de esta máquina gracias a la cual hubiera podido conquistar reposo y libertad.

Allí donde la producción exigía el concurso de una multitud de trabajadores, hoy se agitan las gigantescas ruedas, los brazos de hierro en continuo movimiento. ¿Qué se ha hecho de los hombres que ganaban su sustento con este trabajo? ¿Lógicamente no deberían dedicarse a tareas menos duras y prolongadas, encantados de la vida al verse reemplazados por la máquina? Éste sería, en efecto, el resultado al que habrían llegado cerebros sanos; pero ¿qué soluciones razonables podemos esperar de una humanidad cuya facultad de reflexionar y sobre todo de sacar conclusiones ha sido deprimida y atrofiada desde hace siglos?

El que ha sacrificado parte de sus bienes para poseer un utillaje mecánico espera que éste le devuelva con intereses lo que ha gastado. No puede continuar pagando a obreros cuya labor no necesita. No obstante, ¿cómo se sustentarán estos hombres ahora inútiles visto que en nuestras sociedades el trabajador es rebajado a la condición de animal doméstico, viviendo a la merced y según el capricho de sus Amos?

Ante estos resultados surge el odio contra la máquina inconsciente. ¡Tenemos que abatirla y destruirla, por su culpa el trabajador queda reducido al hambre! Así, por falta de reflexión, el hombre se levanta contra el progreso y contra la ciencia, únicas fuentes de vida y de bienestar. Son millones los trabajadores que desean volver a las tareas de antaño, cuando muchos trabajaban para producir poco.

La supresión de las máquinas, en caso que fuera posible, no tendría otro efecto que restringir la producción, volver todavía menos accesible a todos una gran cantidad de cosas hoy día de uso corriente, y contribuir al embrutecimiento del pueblo reduciendo todavía el escaso tiempo que les queda a los trabajadores para instruirse y pensar. ¿Qué podría resultar de esta vuelta atrás sino más sufrimiento y menos es-

fuerzo para conseguir un mejor ideal, más ignorancia, que corresponde siempre a más servidumbre?

El desarrollo del maquinismo, en el sistema actual, significa que la cosa inerte compite contra el hombre que la crea. Los trabajadores preparan su propia miseria al construir los ingenios destinados a reemplazarlos mañana, obligados por la necesidad inmediata, por la necesidad de comprar el pan de cada día, teniendo que realizar el trabajo que se les exige aunque más tarde mueran a causa de esto.

¿Qué hacer, entonces...?

Entonces quizá será el momento de reflexionar y de comprender que el dolor de los que sufren no es debido a una ley ineluctable de la naturaleza, de la que les es imposible librarse, sino a las falsas ideas que los dominan.

La máquina es la sierva buena y robusta que debe ser acogida con júbilo en la familia humana. No es un enemigo. El enemigo es la concepción errónea que se tiene de la vida social. El enemigo son esas muchedumbres habituadas a ver una minoría de sus semejantes disponer libremente de los bienes de la tierra en tanto que la mayoría no tiene más deseo y esperanza que la de ser admitida a trabajar por cuenta de otro, no

siendo capaz de concebir que el individuo nacido pobre pueda tener el derecho de comer y de vivir de otra forma que no sea por la gracia de los Amos que de él se sirven.

Una competencia de otro género amenaza al obrero. La instalación de máquinas que facilitan el trabajo permite reemplazar, en muchas industrias, hombres por mujeres, e incluso por niños. Al obtener éstos un menor salario, conviene al empresario emplearlos preferentemente, siempre que la naturaleza del trabajo lo permita.

No obstante, si lo pensamos bien, nos percatamos de que los obreros, con el propósito de complementar unos salarios insuficientes para poder vivir ellos y sus familias en condiciones convenientes, se ven obligados a pedir un suplemento de remuneración por el trabajo de su mujer y de sus hijos. Este incremento en principio debería aumentar sus recursos, pero por otra parte la cantidad cada vez más considerable de trabajadores, mujeres y niños que se contentan con un salario inferior, puede conducir a una reducción general de los salarios y a despedir a los hombres obreros que no acepten trabajar a este precio reducido.

Podemos, pues, decir, sin miedo a equivocarnos, que al traer hijos al mundo, los traba-

jadores manuales están proveyendo futuros competidores que antes de alcanzar la edad adulta reemplazarán a sus padres en muchas industrias.

Ante este resultado parece superfluo celebrar pomposamente los beneficios de nuestra civilización. ¿A quién aprovecha esta civilización y todo este progreso material? A unos pocos. El filósofo incluso diría: a nadie. El sufrimiento que las ideas erróneas engendran en las clases sociales altas probablemente será muy similar al que produce la miseria material en el seno del pueblo.

Para algunos, la vida es más agradable gracias a las invenciones y a los recursos procedentes de la ciencia, pero la inmensa mayoría ¿acaso no continúa estando obligada, como nuestros antepasados de los tiempos prehistóricos, a una lucha incesante por el alimento? Las condiciones de vida han mejorado, se dirá, y no puede compararse la vida de los habitantes de las cavernas con la de nuestros contemporáneos. Nada menos cierto. Los miserables que pululan en desorden en húmedas cavas, en buhardillas infectas, todos los que no tienen asegurado el pan del día de mañana, que sólo lo obtienen quitándoselo a otros miserables como ellos, que ven

convertirse en adversarios a sus compañeras y a sus hijos; toda esta oscura y espantosa lucha de pobres enzarzados unos contra otros, disputándose el «privilegio» de trabajar para el hombre que ante ellos agita el pedazo de pan con el que apenas se saciarán; todo esto no evoca ciertamente la idea de una vida tan superior a la de los hombres primitivos.

La ciencia alarga cada día el horizonte de la humanidad y hace justicia de los principios morales y religiosos pretendidamente inmutables que nada en la naturaleza justifica. A pesar de ello, la sociedad, cuyas bases falsas y absurdas leyes son demostradas por la ciencia, pretende vivir a despecho de ella intentando apagar su voz o reducirla a una mera erudición estéril, cuando debería ser la única guía del hombre.

¿Qué armonía hay entre los actos socialmente impuestos y el estado actual de nuestros conocimientos científicos? Ninguna. Nuestros códigos, que datan de los romanos, nuestra concepción de la autoridad y de una multitud de pretendidos principios es la misma que hace siglos, cuando los hombres se imaginaban el azul del cielo como una bóveda de cristal por encima de la cual se paseaban Dios y su corte.

Esta falta de armonía entre las verdades adquiridas por la ciencia y las convenciones sociales merece ser examinada en algunos de sus efectos.

¿Acaso no es la ciencia la mejor guardiana de la vida humana? ¿Acaso no es ella la que nos enseña la enfermedad, nos ayuda a descartar gracias a la higiene las influencias nocivas susceptibles de atacar nuestro organismo, de perturbarlo o incluso destruirlo? Pero estas enseñanzas saludables, capaces de liberar al hombre de gran parte de su sufrimiento y de limitar las muertes prematuras actualmente tan numerosas, se mantienen ineficaces.

El pobre no tiene tiempo para aprender a proteger su salud y su vida pero, si lo tuviera, ¿de qué le iba a servir este vano conocimiento? La sociedad que hace de él un «pobre», ¿no lo obliga justamente, bajo pena de muerte inmediata por el hambre, a emplearse en todas las faenas, insalubres o no, que puedan procurarle el sustento?

¿Tiene alguna posibilidad de rodearse de las precauciones necesarias para atenuar los efectos nocivos de su trabajo? No, sin duda. Porque no son los trabajadores los que construyen a su

gusto las oficinas o las fábricas en las que pasan toda su vida. Los Amos sólo acuden muy raramente y por muy poco tiempo, los accionistas que recaudan los beneficios del trabajo realizado lejos de ellos, que nunca verán el sitio donde los hombres, sus semejantes por naturaleza, se extenúan para asegurarles rentas, son los que deciden lo que conviene. Calculan el espacio, el aire, la luz, discuten sobre los acabados, no desde el punto de vista de la salubridad sino de su beneficio. Limitar el gasto, incrementar los dividendos: en esto se resume todo. En cuanto a los pobres, si mueren antes de tiempo, ¡qué importa! Del mismo modo que los animales domésticos, se reproducen en número suficiente como para que la sociedad nada tenga que temer. Los pobres, es decir la carne de trabajo, seguirán existiendo por mucho tiempo.

Al final de la jornada de trabajo, la insalubridad aguarda todavía al trabajador en la morada demasiado exigua, en la fétida habitación donde, en nuestras ciudades, se amontonan los inquilinos, viven veinte familias en una superficie en la que dos familias podrían apenas disponer del espacio que la higiene exige.

Aire, luz, espaciosos aposentos donde el sol penetre en el más pequeño rincón aniquilando

los gérmenes nocivos; árboles, jardines, he aquí lo que dice la ciencia. El suelo cuesta caro, responde la sociedad, pertenece a un Amo que debe obtener el mayor beneficio. El Estado tasa el aire, se reducen las ventanas y se construyen edificios altos y estrechos, el menor rincón, oscuro o no, encuentra su destino. En lugar de jardines tenemos pozos de aire y millones de hombres se contentan con respirar un aire pestilente, ya antes veinte veces respirado y expulsado por los vecinos, empestado por las letrinas contiguas, envenenado por el tuberculoso de enfrente. En esta porción mínima de aire donde moriría un animal sano, vegetan los hombres durante años, gracias a la herencia y a la costumbre, anémicos, indigentes, engendrando seres todavía más débiles.

La ciencia nos dice que para mantenerse en buena salud el hombre necesita una alimentación sana y suficiente. Sin embargo, el pobre ¿no se ve obligado a contentarse con géneros adulterados y en cantidad insuficiente a falta de medios para comprar otra cosa?

La ciencia puede mostrar los medios para alcanzar la salud, pero estos medios no están al alcance de todos y parece que la mayoría de los hombres se resigna fácilmente a dejar el

privilegio de estos bienes a los Amos que se impone.

Nadie es culpable, dice la ciencia, porque nadie actúa completamente solo.

El cristianismo, al persuadir a los hombres de que se vanaglorien de su pretendida libertad, no ha hecho más que añadir una esclavitud, que nada justifica, a la dependencia natural del individuo para con el conjunto. Esta falsa noción de libertad humana no es más que una trampa destinada a privar al hombre de su verdadera independencia.[1]

«Te someterás porque eres libre», reza el extraño precepto por el que puede definirse la actitud de las sociedades para con los individuos. «Dependes de mil causas y estás sometido a mil influencias», dice la ciencia al hombre. «Vive, pues, conforme a tu propia naturaleza; nadie tie-

1. Se podría objetar que otras sociedades no cristianas, al castigar al individuo por ciertos actos, parecen también proclamar que su voluntad es libre. La raza blanca, actualmente a la cabeza de la civilización, para satisfacer las exigencias de una mentalidad más desarrollada trata de explicar a sus individuos los motivos en que se basa para reclamar su sumisión. Muchos otros pueblos ignoran completamente lo que nosotros llamamos el bien y el mal, y sólo obedecen a la coerción. Son castigados, no precisamente porque hayan hecho el mal, sino porque han desagradado al Amo o violado las leyes que, a su placer, ha dictado.

ne el derecho de juzgarte, ni de exigir tu sumisión a una regla que no sientes como tuya.»

No somos libres de pensar, de actuar, de querer. ¿Cómo puede esto anular nuestra dignidad? ¿Somos libres de nacer altos o bajos a nuestro agrado, de parecernos a tal o cual de nuestros padres, de tener los ojos o el cabello de tal o cual color? ¿Habremos pensado alguna vez que es humillante someternos a causas que la mayoría de las veces no podemos siquiera descubrir?

La constitución de nuestro cerebro, como la de nuestro organismo, está primero determinada por causas anteriores a su formación. La materia prima que sirve para su composición deriva del organismo de nuestros ascendentes. Si nos transmiten su predisposición a unas enfermedades en particular o a determinados parecidos físicos, ¿cómo podrá el órgano del pensamiento quedar indemne de cualquier influencia y no reproducir en sus circunvalaciones las disposiciones especiales de nuestra ascendencia y, por tanto, la tendencia a pensar del mismo modo? La herencia, el atavismo son cosas demasiado conocidas para que sea preciso alargarse sobre este asunto; pero a causa de la persistencia que se tiene, contra todo sentido común, de querer continuar dividiendo la vida universal en materia y

espíritu, se acepta la herencia física y se rechaza la herencia mental. O, mejor todavía, se acepta esta última y al mismo tiempo que se dice de un hombre, «actúa como su padre», se lo castiga si se considera el acto no acorde con la opinión común. Tal veredicto se emite sin preguntarse si este hombre puede evitar reproducir un acto ya cometido por su padre —acto que resulta de disposiciones físicas o mentales heredadas—, cuando le es imposible evitar tener la barba del mismo color o la nariz de idéntica forma.

Las influencias atávicas y hereditarias son las primeras en ejercer su acción sobre el individuo, determinando la especial conformación de su organismo. Sin embargo, la tendencia de la naturaleza a reproducir en él las disposiciones ancestrales se ve atenuada por las circunstancias en que debe desarrollarse la vida del nuevo ser. Dichas circunstancias no pueden ser absolutamente idénticas a las que rodearon la existencia de sus ascendentes y serán causa de diferencias entre el individuo y sus antepasados.[2]

2. A veces, las circunstancias en que el individuo nace y vive permiten el desarrollo de tendencias mentales o de particularidades físicas en estado latente. Así, bajo la influencia de causas la mayoría de las veces desconocidas, se produce un tipo muy distinto de sus parientes más cercanos que recuerda, a veces, lejanos antepasados.

Sin esperar siquiera el nacimiento, las influencias exteriores actúan sobre el embrión desde el momento de su concepción. El estado de salud de los padres, las diversas influencias en el momento de la procreación, la cantidad y el tipo de alimentación de la madre, la naturaleza de sus ocupaciones, los incidentes o accidentes de su vida durante el embarazo, son otras tantas causas que intervienen en el desarrollo del hombre en formación. Después del nacimiento, las condiciones que rodean la primera infancia son más o menos saludables y los cuidados, más o menos inteligentes; el bienestar del que goce el niño o las privaciones que sufra van a transformar, a su vez, su organismo, preparando los actos que su naturaleza así modificada le sugerirá más tarde.

Esta primera parte de la vida humana continúa siendo poco comprendida por la gran mayoría de las personas. A sus ojos el niño parece sólo un objeto y como la actividad sensorial todavía no se manifiesta, consideran inútil preocuparse del modo como sus sentidos se van desarrollando. Sin embargo, el objeto deviene un ser, habla, anda, actúa, razona a su manera. En cuanto esto ocurre, los educadores se apoderan de él, y por educadores no debemos sólo

entender los profesores particulares o los maestros de escuela. Los educadores abundan en torno al niño, pero las personas más importantes, las que ejercen mayor influencia, suelen ser las que pasan completamente desapercibidas. Son todos los individuos que el niño ve actuar ante él, de quienes recibe opiniones, consejos, ejemplos, enseñanzas o castigos: la madre que al darle un cachete en la mano izquierda le enseña a servirse sólo de su mano derecha, la hermana mayor a la que ve meter el dedo en el bote de mermelada: según si al sorprenderla la castigan o, por el contrario, se le permite que actúe con toda impunidad, el bebé aprenderá la lección. También es educador el padre borracho o sobrio, brutal o tierno; los criados, los compañeros, los animales, los propios objetos. Es educador, por encima de todo, el entorno donde el niño vive y va observando, anotando las primeras impresiones de la vida en su nuevo cerebro, tan maleable que cualquier pequeñez deja una profunda marca. ¿Quién podrá negar la influencia de la educación en la infancia? ¿No es justamente porque la experiencia ha demostrado los incontestables efectos sobre el rumbo que la infancia imprime en la vida del individuo, que todos los partidos,

todas las sectas, todos aquellos que tienden a dominar al hombre procuran acaparar a los niños para depositar en sus jóvenes cerebros el germen de lo que pretenden ver fructificar más tarde?

Sin embargo, el adolescente escapa a este periodo oficialmente destinado a su «formarción».[3] Es entonces cuando se le habla de libertad y cuando realmente se cree libre.

¿Cómo podrá ser libre?

¿Cómo reflexionará sobre lo que le rodea? ¿Cómo va a razonar los actos que acometerá? ¿Acaso no utilizará el mismo cerebro, este mismo organismo oriundo de sus antepasados, de quienes procede su materia prima? ¿Acaso no pondrá en funcionamiento esas mismas células cerebrales influenciadas, modificadas de tantas maneras distintas durante su juventud, que conservan en su estructura íntima la marca de todas las causas que han actuado sobre ellas? ¿No vibrará la memoria, consciente o no, y todo el pasado anteriormente registrado por el organismo en cada uno de los nuevos hechos que sacu-

3. Esta palabra, término oficial, se encuentra en todos los prospectos de los centros educativos. Un individuo que fue «formado», es decir, cuya naturaleza fue modificada para que se pareciera a un «modelo» tipo, ¿cómo puede hablar de su libertad?

dan su cerebro, transformando la apreciación del nuevo hecho mediante la modificación que sufrirá el pensamiento al atravesar estos centros de antiguos pensamientos, quizá olvidados, pero todavía vivos, si no en sí mismos, al menos en los pensamientos que han engendrado?

El cerebro, a pesar de ser el órgano particular del pensamiento, experimenta la influencia de todo el organismo, con el que está íntimamente ligado. La cantidad de sangre que le envía el corazón modera o aumenta su actividad. El alimento digerido por el estómago influye sobre la calidad de la sangre. Todos los órganos ejercen su acción sobre el pensamiento. El funcionamiento de estos órganos, las modificaciones que sufren son, pues, de extrema importancia y, al igual que las ideas depositadas en nosotros por la educación, el estado de nuestros sentidos, por donde nos llegan las sensaciones, el de nuestros miembros y el de nuestra salud en general, modifican la dirección de nuestra vida.

Salvo en los movimientos puramente reflejos que tenemos en común con los seres de organismos más rudimentarios —como, por ejemplo, el acto que consiste en retirar súbitamente la mano de un objeto que quema—, el pensamiento precede al acto y viene provocado por una sensa-

ción o por la memoria de una sensación. Cualquiera admite fácilmente que el hombre no es libre de hacer todo lo que quiere, incluso en ausencia de cualquier coacción externa. Por mucho que un individuo quiera ser fuerte, levantar fardos, correr, dedicarse a los deportes, a la gimnasia, no le basta con quererlo para conseguirlo, es preciso que su organismo se preste a ello, que tenga unos músculos suficientemente resistentes, unos miembros bastante flexibles, que no sea asmático ni obeso, que tenga el corazón sano, etc. Todo esto no depende únicamente de su voluntad. Y, sin embargo, si entramos en el ámbito de lo «moral», enseguida afirmamos que basta con querer ser sobrio, casto, trabajador, etc. para llegar a serlo. ¿Y por qué el organismo que prohíbe a un hombre la agilidad no prohibirá al otro la aplicación al trabajo intelectual o físico?

Si el hombre no es libre de actuar según su deseo, tampoco es libre de querer de tal manera más que de tal otra.

¿Qué es lo que determina la voluntad? La sensación o el recuerdo de una antigua sensación, lo que viene a ser lo mismo.

¿Somos libres de dirigir las circunstancias exteriores, de escoger los objetos, las escenas

que nos impresionan, los individuos que frecuentamos, las palabras que llegan a nuestros oídos? Por supuesto que no. ¿Acaso los hechos a través de los que se desarrolla nuestra existencia no son la causa más poderosa de nuestros actos y, por consiguiente, de la dirección que toma nuestra voluntad y de los actos que ésta determina?

Para que un acto sea libre sería preciso que fuera aislado, sin vínculo alguno, que fuera un efecto sin causa. Ahora bien, cualquier acto es la consecuencia de otro. Actuamos de tal manera porque lo deseamos, porque una causa cualquiera, exterior o interior, ha determinado este deseo. Esta causa es un pensamiento, una acción realizada, un hecho del que hemos sido testigos. Este pensamiento o este acto son, a su vez, el resultado de una causa anterior. A veces podemos ir muy atrás siguiendo este encadenamiento de causas y de efectos; pero la mayoría de las veces los motivos inmediatos son sólo aparentes. En algunas ocasiones incluso parece imposible distinguir alguno; pero nada nace de la nada.

La voluntad no escapa a esta ley; como cualquier manifestación, procede de manifestaciones anteriores y, por consiguiente, no puede ser libre ya que no es sino un resultado.

La voluntad y los actos que ella determina, al no ser libres, son necesariamente la expresión de la necesidad del organismo o la característica de un estado malsano. En ningún caso pueden atribuirse al capricho o a la libre elección, y en ningún caso deberían llevar a una aprobación o a una represión.

Nadie es responsable, dice la ciencia, ya que nadie es libre de determinar a su antojo las causas exteriores bajo cuyo poder actúa. Asimismo, nadie es libre de escoger los elementos que entran en la composición de su organismo, elementos que producen en él las diversas tendencias y necesidades.

La ciencia, al declarar la voluntad humana sometida a las causas que han determinado su manifestación, ensalza la vieja máxima: «Haz lo que quieras». Hazlo porque tu querer es la expresión de tu necesidad si eres sano y, si lo eres, tu querer sólo te llevará a cometer actos capaces de conservar en ti la salud y la felicidad.

En cuanto a aquellos que, por malas influencias, son llevados a cometer actos nocivos irán disminuyendo en la medida que la higiene física y mental vayan ganando terreno. En cualquier caso, la enfermedad reclama cuidados y no castigos.

Las medidas represivas pueden constituir una venganza, pero son incapaces de acabar con los actos que pretenden castigar, ya que dejan subsistir las causas que los han determinado.

Antaño, los hombres se contentaban con curar empíricamente a las personas afectadas por el cólera o la fiebre tifoidea; hoy, se procura prevenir las epidemias destruyendo las fuentes de contagio. La humanidad, esclarecida por las enseñanzas de la ciencia —consciente de que el hombre ya no es libre de querer llevar una vida sana—, debería también esforzarse por destruir las causas de los actos que perjudican a los individuos y organizar la higiene mental de la misma forma en que procura organizar la higiene física.

La doctrina del libre albedrío no es justificada por ninguna concepción religiosa.

Ninguna religión reconoce la libertad del hombre, ninguna puede hacerlo. Si un dios absoluto gobierna el mundo, todo cuanto en él sucede ¿acaso no proviene de su voluntad? ¿Qué será el hombre, en tal caso, sino un actor representando un papel en una obra cuyo desenlace está determinado por el autor, una marioneta manipulada por los dioses? Si el hombre pudiera actuar contra la voluntad de los dioses, los dioses no serían todopoderosos. Dios «permite

que ciertos actos se realicen» dicen los creyentes para salir de apuros. Al declararse necesario el permiso de dios para que un acto pueda ser cometido, en realidad esta afirmación equivale a la negación de la libertad del hombre.

Lejos de alentar a los que dan prioridad a los actos, los libros sagrados, pretendidamente inspirados por el dios del cristianismo, contienen pasajes, como las Escrituras judías de donde proceden, que afirman la absoluta dependencia del hombre. En ellos se encuentra la doctrina de la predestinación, en virtud de la cual dios elige a unos y reprueba a otros, no a causa de sus actos, sino porque así le place.

¿Por qué rezan los fieles, por qué piden la gracia, si son libres? ¿No confiesan así estar sometidos a influencias que temen y tienden a reemplazar por una influencia contraria, la de la gracia? ¿Por qué imploran a su dios para obtener un empleo, el éxito de una empresa, etc.? ¿No afirman así la autoridad absoluta de su dios sobre los hombres que, aparentemente, conceden el empleo o deciden el éxito de la empresa, pero que a los ojos del creyente sólo son los instrumentos de la voluntad divina?

Negado por la ciencia, incompatible con las quimeras religiosas, el principio de la libertad en

la elección de los actos posee, sin embargo, un gran número de defensores. ¿En qué basan su opinión?

Las sociedades se sirven de semejante idea como un arma que les permite castigar severamente a los que se apartan de la obediencia.

«Te someterás a mis leyes, a ellas conformarás tus actos, pues basta con quererlo para hacerlo. Serás esclavo, porque eres libre de quererlo»; éste es el lenguaje con el que, en realidad, las sociedades se dirigen a los hombres que parecen darse cuenta de esta incoherencia.

«Eres dependiente de mil causas distintas —dice la ciencia—, sigue, pues, la ley íntima de tu ser; la que te inspira la naturaleza de tu organismo; obedece solamente a esta causa, sé libre de actuar en todo según tu instinto y tu deseo, expresión de tu necesidad.»

Prosiguiendo este análisis, todavía podríamos constatar en otros muchos puntos la contradicción que existe entre el modo de vida de las sociedades actuales y las enseñanzas de la ciencia.

Sin entrar en más detalles, vemos que el funcionamiento de las sociedades se fundamenta en la autoridad; el individuo no actúa en conformidad con su propia naturaleza sino que se ve obli-

gado, cueste lo que cueste, aunque en ello deba perder la vida, a doblegarse a las exigencias de las reglas que le imponen.

Según se dice la libertad individual produciría un espantoso caos.

¿Será, pues, caótico el universo?

En el universo se solapan incesantemente la acción y la reacción. A periodos evolutivos lentos suceden súbitas alteraciones. El cataclismo, al destruir seres de una especie, da origen a una nueva especie.

El universo no es orden ni desorden, es vida.

Si los gigantescos astros y las multitudes de cuerpos que pueblan la inmensidad se mueven sin otra ley que la de su propia naturaleza, ¿no será posible concebir que también el hombre es capaz de vivir según la ley de su organismo, sin que de esta libertad resulten los extraordinarios desastres que nos presagian?

Sólo los ignorantes imaginan que si una poderosa mano celeste no los retuviera en sus lugares respectivos, el Sol, la Luna y las estrellas caerían sobre la Tierra como simple granizo.

La composición de los cuerpos celestes, su tamaño, su peso, la fuerza de atracción que desprenden y que otros cuerpos ejercen sobre ellos, todas estas causas y muchas otras no dejan a los

astros la libertad de chocar entre sí. Ninguno necesita barreras, su propia constitución los mantiene donde se encuentran.

No hay otros secretos en todo el universo; cada individualidad se comporta según lo que es y las individualidades humanas no son excepción.

La supuesta sabiduría que pretende dirigirlas desviándolas del tipo de actividad propia a su organismo para obligarlas a ejercer una distinta, para la cual no son aptas, sólo produce confusión y sufrimiento.

La vida universal es el resultado del movimiento incesante de las individualidades moleculares que se agregan según su composición y según los entornos en que se encuentran. De igual modo, el hombre consciente se une a sus semejantes según sus necesidades, y las asociaciones humanas se forman, se disuelven y vuelven a formarse según se manifieste su utilidad.

Si la ciencia no nos muestra señal alguna de un gobierno en el universo, ¿por qué razón pensar que sólo el hombre debe ser excepción? ¿No será, por el contrario, más inteligente concluir que, liberado de obstáculos, se comportaría como todos los cuerpos que existen en la natu-

raleza: siguiendo la ley que en ella reside, no como una orden emanada de una autoridad exterior, sino como una necesidad de su ser?

El antagonismo artificial que existe entre los intereses de los individuos que constituyen las sociedades se manifiesta de muchísimas maneras, algunas las hemos indicado ya, pero cada cual, al reflexionar, descubrirá fácilmente otras muchas. Lo que nos importa comprender es que todos vivimos en pie de guerra. La paz no es más que una palabra, y sólo una profunda ceguera puede impedirnos ver las luchas que se desencadenan entre los hombres. No vemos caer a las víctimas en el fragor de los fusilamientos pero son muchos los que sucumben en el silencio, muertos por esta guerra silenciosa e hipócrita.

¿Quién, al reflexionar sobre sí mismo —incluso entre los más favorecidos por la fortuna, los más envidiados—, no encontrará una herida provocada por una de esas lamentables luchas de intereses? ¿Para qué sirve formar sociedades si los individuos se desgarran mutuamente? ¿En qué nos distinguimos de los grupos de hombres primitivos o de los grupos de animales?

La búsqueda de la felicidad de todos a través de la felicidad de cada uno, la solidaridad, son las

bases que indicarían que nos encontramos en una sociedad de hombres conscientes. Nosotros no somos más que bárbaros.

¿Qué fin debe proponerse el hombre? ¿Cuál es el objetivo de su vida?

¿Cuál es el fin del universo? Hasta hoy nada ha demostrado que haya otro fin fuera de éste: ser lo que es. La existencia eterna, la sustancia, en las múltiples formas que revisten, existen sin que nosotros hayamos podido encontrar, fuera de ellas, su razón o su fin.

Una leyenda bíblica atribuía al dios Yahvé, surgiendo de una zarza ardiendo, esta respuesta a Moisés, que inquiría su nombre: «Yo soy El que Soy». La filosofía aria, cuyas concepciones se elevan por encima del espíritu semítico, designa con una palabra el infinito de las cosas, «Sat», que quiere decir en sánscrito «Aquello»; no Aquél sino Aquello que Es. Y a Aquello impersonal, hecho del conjunto de todas las existencias que de él emanan, parece difícil de imaginarle un fin, es decir, un fin último y exterior a él, ya que él es «todo lo que ha sido y será», él lo engloba todo, lo comprende todo, y nada existe, por consiguiente, fuera de él.

El hombre no tiene por fin conquistar el quimérico paraíso, en cuyo nombre ha aceptado durante tanto tiempo una vida miserable, hecha de renuncia y sufrimiento. La creencia en un dios cruel, que hace pagar anticipadamente la felicidad celeste con dolor y con lágrimas, se encuentra, si no apagada, al menos muy debilitada y, salvo raras excepciones, la humanidad no se propone únicamente este objetivo extraterrenal.

El fin del hombre no consiste en servir ideas abstractas, concepciones de su cerebro que erige en ídolos. No tiene que esforzarse por ser bueno y honesto con vistas a una fantasía de su imaginación a la que llama virtud, del mismo modo que no tiene que proponerse evitar o entregarse a otra de esas criaturas quiméricas que él llama vicio.

El trabajo, considerado por algunos como fin de la existencia humana, no constituye un fin, sino simplemente un medio. Para perpetuar su vida, para mejorarla, la humanidad necesariamente debe producir lo imprescindible para proveer a sus múltiples necesidades. Se le impone, sin duda, una cantidad indispensable de trabajo, pero sólo como medio para cumplir mejor su único destino: vivir.

De la misma manera, el individuo considerado aisladamente no puede abstenerse del esfuerzo tendente a la conservación de su existencia, pero su trabajo sólo tiene razón de ser —para él— si de éste saca realmente una ventaja personal. A un hombre poco le importa sembrar, tejer, construir, dedicarse a ocupaciones en apariencia más útiles, producir lo que sea, si no puede usar los frutos de su trabajo para alimentarse, alojarse y vestirse sanamente.

El trabajo no puede ser sino un medio para que el hombre viva satisfaciendo sus deseos tanto materiales como intelectuales. Ésta es la única forma en que debe ser considerado, y cualquier individuo que, trabajando, no alcance este fin incurre en el error.

El hombre no tiene que buscar su fin fuera de sí mismo, no tiene que ponerse en las manos de algo exterior a él, ya sean hombres o ideas.

Nada le obliga a restringir su libertad para alcanzar cualquier fin. Su único fin es ser él mismo, tal como la naturaleza lo hizo, y así conservarse, preservando su individualidad contra todo lo que sea susceptible de disminuirla o de causarle sufrimiento.

¿Qué proponéis, preguntan algunos, en lugar de estas leyes, de estas instituciones cuya

utilidad negáis? Nada. La Vida. La vida que arrastra a los seres en la corriente de las evoluciones, que los sitúa y los hace andar según las leyes que rigen la materia de la que se componen; leyes que no son artificiales y exteriores, sino que se derivan de las propiedades inherentes a los distintos estados de la materia.

A los que temen ver hundirse el actual edificio social, sin pensar en las numerosas civilizaciones, en todas las sociedades desaparecidas en el curso del tiempo —de las que apenas guardamos memoria— mientras que la humanidad se mantiene siempre viva sobre las ruinas de las moradas que ya no responden a sus necesidades; sin pensar en los que preguntan con inquietud, «¿Quién os dará abrigo? ¿Dónde iréis a habitar?», podemos responder con esta cita de Lutero, a quien le plantearon la misma cuestión advirtiéndole que podría faltarle el apoyo de los príncipes alemanes.

—¿Adónde iré? Debajo del cielo —respondió.

¿Dónde construirá la humanidad sus moradas? ¡Debajo del cielo! Siempre debajo del mismo cielo que hoy existe.

¿Dónde vivirá la humanidad? ¡Sobre la tierra!

¿Quién será el guía del hombre? ¡Él mismo!

No se trata de sustituir una coacción por otra, sino de dejar que cada individuo ocupe en el universo el lugar que le ha tocado, dejar libre curso a la actividad propia de los elementos que conforman cada hombre.

El fin de la humanidad en general, como el del individuo en particular, no es ser grande, glorioso, no es trabajar ni hacer algo importante. Como producto del universo, la humanidad surgió un día en él y continuará existiendo hasta que se modifiquen las circunstancias que han permitido su aparición y desaparezca en la eterna sucesión de las transformaciones de la materia: de Lo que Es.

Si la existencia individual es la única razón conocida, el único fin del hombre, ¿no deberá éste preservarla, defenderla contra todo y contra todos, sin aceptar jamás que le impongan el más mínimo sacrificio en esta vida, la única cosa que verdaderamente le pertenece?

Quienquiera que entorpezca la vida de un hombre, impidiéndole vivir plenamente con todas sus facultades, conforme a todas sus necesidades, comete un atentado contra su existencia. Pues, si bien no la suprime instantáneamente con la muerte, la disminuye, sustrayéndole to-

dos los instantes durante los cuales un individuo, cediendo a la coacción, actuó o se abstuvo contrariamente a su propio impulso: en definitiva, todos los momentos en que dejó de vivir su propia vida para convertirse en un instrumento en manos de otros.

Comprendiendo que su existencia personal es —para él— la única razón de ser, el único fin, el único objetivo que tiene que perseguir contra cualquier obstáculo, sean hombres o cosas, que tienda a atacarlo, el hombre consciente la defiende con todos los medios de que dispone: amparándose en el derecho que le atribuye el ejemplo de la naturaleza, amparándose en el derecho que le dan las aspiraciones de todo su ser, esforzándose sin cesar por vivir.

En esta lucha, más que en cualquier otra, todas las armas deben servir: por la fuerza o por la maña el hombre se encuentra en estado de legítima defensa.

El fin del hombre es ser hombre.

El fin de su vida es vivir.

ÍNDICE

Presentación. Por Rémy Ricardeau 11

Prefacio. Por Elisée Reclus 15

Elogio a la vida 17

De la autoridad 21

Derechos y deberes 45

Las personalidades ficticias 59

De la búsqueda de la felicidad en el presente 69

Del antagonismo de los intereses 79

A sus 21 años, Alexandra David-Néel, antes de romper definitivamente con su familia y en contacto asiduo con Elisée Reclus y su entorno anarquista, escribe *Elogio a la vida*, texto ingenuo de una radicalidad extrema contra cualquier forma de poder impuesto -religión, patria, moral, conciencia. El manuscrito no se publicará hasta diez años más tarde en Bruselas, en 1898, en una colección de la revista *Temps Nouveaux*. En 1968, a sus 100 años de edad, durante los acontecimientos de mayo en París, en cuyo movimiento se reconocía, quiso que se reeditara este libro de juventud.

Alexandra David-Néel (1868-1969) nace en Saint-Mandé, Francia, en una familia acomodada, que dejará de joven para viajar por Europa, la India y el norte de África, trabajando como periodista, actriz y cantante lírica. En Túnez, en 1900, conoce a Philippe Néel, con quien se casará posteriormente, lo cual va a permitirle realizar sus grandes periplos asiáticos durante más de treinta años, llegando a viajar a pie y mendigando. En 1945 regresa a Francia y se instala en la Fortaleza de la Meditación, donde muere a los 101 años. Fue la primera mujer acogida en los santuarios del Tíbet y llegó a ser una gran experta en budismo.

ISBN 84-8063-432-4
9 788480 634328
OCTAEDRO